

REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER



NARRATIVA • POESÍA

VOCES DE

AUTORES
ALREDEDOR
DEL MUNDO

NARRATIVA
POESÍA



DIZASTER
MGZINE

— JULIO | 2026 | EDICIÓN 7 —

PRÓXIMA EDICIÓN: OCTUBRE 2026



REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER



NARRATIVA • POESÍA



Estimados lectores:

DIZASTER MGzine nace con tres propósitos fundamentales: impulsar la difusión de nuevos talentos literarios, brindar apoyo en la promoción de sus obras y ofrecer contenido diverso que resulte de interés y disfrute para nuestros lectores.

Agradecemos profundamente la confianza de permitirnos llegar hasta ustedes. Deseamos que DIZASTER se convierta en un espacio donde puedan descubrir las voces y creaciones de autores de ALREDEDOR DEL MUNDO que se unen a esta nueva aventura literaria.

Finalmente, extendemos nuestro agradecimiento al equipo editorial y administrativo, y de manera muy especial a cada uno de los autores, cuyo invaluable apoyo hace posible el crecimiento y la continuidad de nuestra revista.

*¡Muchas
gracias!*



AUTORES INVITADOS





Autores invitados

DIZASTER

**Eloy
Kaminski**

**Alejandro
Peña Sepúlveda**

**Ray James
López Chávez**

**José
Mulodiua**

**Cristian Fernando
Guevara Hincapié**

**Manuel
Duarte**

**Heidi Carolina
Molina Duque**

**Jorge Luis
Condorcallo Ccama**

Autores invitados

DIZASTER

**Cedric
Zambrano**

**Julián
Guillen**

**Mohammed
Rahal**

**Damaris
Orissa Olivares**

**André
Flores**

**Francisco Araya
Pizarro**

**Angie
Bella**

**Norma
Ramírez Rey**

**Dorys Ydela
Zerpa Gómez**

Autores invitados

DIZASTER

Niurka
Nava Ferrer

Henry
Ramírez Rey

Germain
Droogenbroodt

Anișoara
Velici

José
Lissidini Sánchez

Ricardo
Burgos

Dhel
Nagami

Eduardo
Honey

Norandino
Aranda Palomino

Autores invitados

DIZASTER

**Karla Christina
Tapia Gallegos**

**Lita
Gámez Radas**

**Agustin
Sánchez**

**Laskiaf
Amortegui**

**Alvaro
Carraquel**



Las horas *imposibles*



Eloy Kaminski

Argentina

Eloy Kaminski

Las horas imposibles

¿Qué son estas criaturas? ¿De dónde vienen? ¿Por qué me persiguen? ¿Qué hora es? Si logro sobrevivir estas horas, seré libre; podré dejar este lugar, escapar y volver a casa, pero solo si logro sobrevivir.

¿Qué hora es? Son las siete de la mañana. Las horas parecen eternas, un océano, una infinidad de tiempo. Me pregunto si seré capaz de resistir. Debo seguir vivo por una hora, luego otra y otra más. Me gustaría permanecer oculto, esconderme para pasar desapercibido y no ser sometido a los dolores, a las torturas que me aguardan si caigo en sus manos.

¿Qué cualidad agobiante emana de las paredes de este lugar? ¿Qué es este hedor que envenena el aire? ¿Por qué estoy acá?

¡Ahí vienen! Se acercan. Corro y me escondo. Creo que puedo evadirlos. ¿Qué hora es? Son las ocho. Ya pasó una hora y sigo vivo. Me siento inseguro; dudo de ser capaz de vivir hasta llegar al final de este recorrido y salir de este laberinto.

¿Por qué estoy acá? Me pregunto: ¿qué hago en este lugar? ¿Qué hice para merecer un castigo semejante? Solo cuando pasen estas horas podré escapar y ser libre, pero eso parece tan remoto. ¿Qué hora es?, me pregunto incesantemente. Hace muchísimo tiempo que estoy en este lugar. ¿Habrán pasado tres o cuatro horas? Miro el reloj y me paraliza descubrir que solo pasaron quince minutos. El tiempo parece una trampa, un engaño elástico que no se mueve. Soy el prisionero de un tiempo inmutable que me condena a vivir en este constante dolor, acechado por estos demonios que me rodean.

Se acercan otra vez; están cerca, muy cerca. Tal vez no logre evitarlos. Doblo en un recodo y descubro que uno de ellos está enfrente de mí. Me mira. Sus ojos brillan como el fuego. Siento un terror paralizante. Está por hablar, va a decir algo:

—¿Dónde está la leche? —me dice la bestia.

¿Qué cosas raras estoy escuchando? Me gustaría saber qué fue lo que en realidad dijo esa criatura. Giro sobre mis talones y escapo corriendo. Ahora estoy escondido. Miro el reloj. Ya pasaron dos horas; las que faltan son una eternidad. No sé cuánto tiempo pueda seguir escondido. Debo resistir, debo esperar y mantener la cordura.

Se acerca uno de ellos. Este es distinto; es uno de los que visten una clase de uniforme. Está delante de mí, me encontró. Me dice algo, me grita. En sus ojos veo el infierno, veo un abismo negro, veo insondables dolores. Mi alma se paraliza, se pierde en ese abismo y me pregunto si habrá abandonado mi cuerpo para refugiarse en algún lugar seguro, alejada de todo este horror. Me siento del todo perdido. ¿Qué es un hombre sin su alma? ¿En qué recóndito lugar habrá de esconderse? ¿Cómo podré dar con ella otra vez?

Estos pensamientos me acechan como un torbellino, pero logro componerme y recuperar la compostura. Ya no veo al demonio frente a mí; se

fue, o tal vez fui yo quien se fue porque, sin saber cómo, llegué hasta otra sección del laberinto.

Miro el reloj. Pasó otra hora. Estoy más cerca. Sigo con vida. Lo logré hasta ahora, pero no sé por cuánto tiempo seré capaz de sobrevivir o de mantener la cordura. Debo conservar la esperanza, visualizar mi escape, confiar en que lograré hacerlo.

Entonces los veo. Se acercan, me rodean, parecen ser muchos. ¿Cómo podré escapar? Estoy rodeado, pero no me atacan. Tal vez estén jugando trucos conmigo. Si logran enloquecerme, me habrán vencido y caeré en un abismo oscuro y tormentoso. Escucho voces:

—¿Dónde está el pan?

¿Puede ser eso realmente lo que dijo el demonio? ¿"Dónde está el pan?", o mi mente convierte sus rugidos en palabras sin sentido. ¿Cómo puedo saber dónde está el pan? ¿Por qué escucho estas cosas? ¿Qué locuras crea mi mente?

Los demonios ya no están. No sé a dónde se fueron y tampoco sé dónde estoy. ¿Cómo llegué hasta este rincón del laberinto? ¿Dónde está la salida? ¿Cómo podré escapar? Pienso en mirar el reloj, pero no me atrevo. Si descubro que las agujas no se mueven, estaré perdido. Junto coraje, miro el reloj. ¡SÍ! ¡Grandioso! Pasó otra hora. Solo faltan cuatro; tal vez lo logre.

Ocurre algo extraño. Repentinamente me siento seguro; al menos por un momento estoy a salvo. En este lugar se respira un aire agradable que me llena de optimismo los pulmones y me permite creer que es posible, que puedo huir y vivir sin temor. Pero esa magia no dura mucho. Luego de media hora, estoy nuevamente en el terror, asolado por la desesperación, acosado por los demonios o cualquier cosa que sean esas criaturas. Miro alrededor y los busco esperando no encontrarlos. Les suplico a los dioses que las criaturas se hayan ido y que me lleven a un lugar luminoso, alejado de este infierno.

Cuatro horas más. Sigo vivo, pero no sé por cuánto tiempo, no sé si voy a lograrlo. Mi mente se pierde en un laberinto más tortuoso que el que está a mi

alrededor. Solo cuatro horas más. Quizás lo logre, si es que mantengo la cordura. Me pierdo en divagaciones sin sentido: ¿cuál es la razón de mis horas en este lugar? ¿Cuál es la fuerza oculta que me quita la libertad, que me esclaviza y me obliga a estar en esta cárcel? ¿Cuál es el incomprensible ordenamiento del universo que me encadena y cuál la manera de revertir ese orden?

Estos pensamientos estériles no me ayudan. ¿Cómo escapar? Al menos ahora no veo a los demonios, pero este lugar me aterra. Esta sección del laberinto es oscura y sin vida, un sitio confuso y muerto. ¿Qué veneno ancestral emana de sus paredes? ¿Qué muerte cubre este lugar? ¿Habré caído en un delirio? Miro el reloj. ¡Pasó otra hora! ¡Solo faltan tres! Quizás lo logre. Empiezo a creer que es posible.

Ahora vienen otra vez, los veo. Corro. Me persiguen, me acechan. Doblo en un recodo. Se paraliza mi corazón. No hay adónde ir o por dónde escapar. Sé que esta vez estoy perdido, que me van a atrapar. Cierro los ojos y les pido a los dioses que me alejen de este sórdido laberinto, que pasen las horas para que me pueda ir.

Mis plegarias no funcionan. Abro los ojos y los vuelvo a cerrar. Está enfrente de mí, creo que me voy a desmayar. Dice algo, pero no puedo dar crédito a lo que escucho:

—¿Dónde está la miel?

Ahora sé que vivo en un delirio, en una oscura irrealdad. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo llegué hasta aquí?

Estoy perdido, no lograré escapar. Sé que ese demonio puso un conjuro en mi alma. Y así es como muere mi esperanza, porque comprendo que estoy para siempre atrapado en este infierno donde caducan las almas. Me resigno y bajo los brazos para sucumbir al dolor.

Caigo de rodillas sobre el suelo pegajoso y empiezo a llorar. Las lágrimas mojan mis ojos y mi ropa. Grito, me arrastro con desesperación, suplico a todos los ángeles del cielo y entonces pasa algo que me desconcierta. Me recompongo y froto mis ojos para ver con claridad. No lo puedo creer. ¿Es real lo que estoy viendo?

Restriego mis ojos y vuelvo a mirar. ¡Es verdad! ¡Es una luz que brilla entre estas tinieblas! Así que corro hasta ese umbral desde donde viene la luz.

Pienso en el reloj y lo miro. ¡No lo puedo creer! ¡La octava hora está por terminar! Corro a toda velocidad. La luz está más cerca. Ya casi la alcanzo. Corro sin parar. Los minutos pasan mientras me acerco al portal. Cuando las agujas del reloj dan la octava hora, en ese momento atravieso el umbral. ¡Sí! ¡Lo logré! Escapé de ese tormentoso lugar, ya estoy afuera y puedo respirar. Así que tomo una bocanada de aire puro y refrescante. Ahora puedo descansar, relajarme, permitir que mis emociones se calmen para intentar comprender el significado de la horrenda experiencia por la que acabo de pasar.

Giro sobre mis talones para mirar de frente el laberinto tenebroso del que acabo de escapar y, por encima de la entrada, leo el cartel que anuncia: «Supermercados Zami».

Mi día laboral llegó a su final. Siento que, como un manto suave, me cubre la calma de saber que ya terminé de trabajar, que ahora soy de nuevo un

hombre libre, que puedo ir en paz y descansar. Sin embargo, un segundo después, me asalta como un rayo el pánico de un pensamiento: mañana es martes; por lo tanto, me queda por delante otra semana casi completa de trabajo en este tenebroso lugar.

La *pestilencia*



Alejandro Peña Sepúlveda

Chile

Alejandro Peña Sepúlveda

La pestilencia

En la habitación 257 del edificio blanco con bordes negros de la avenida Andes con Galvarino habita la señora Patricia, profesora viuda y jubilada que todos los días pasea a su perro, el que de algún modo se parece mucho a ella: en la forma de caminar, quizás, o en ese mirar soberbio y distante hacia todo lo que la rodea, aunque más bien se trate del efecto de una presbicia avanzada.

Tres puertas más al oriente vive don Anselmo, discreto y observador. Es un policía en retiro que intenta esconder su pasado y su culpa. Regala dulces a las señoritas y a los niños mientras camina mirando a todos lados, como si esperara represalias que nunca terminan de llegar.

Y, finalmente, en el último piso está Rosita. Cada día, después de entregarse, sagrada y rutinariamente, a complacer a su marido en un sexo doloroso, aunque afortunadamente breve, lee un versículo de su Biblia y se duerme pensando qué cocinar al día siguiente.

El reclamo de los vecinos cada día se hacía más intenso, llegando a exigir en más de una oportunidad la presencia de las autoridades. Por las noches, las palomas y los ratones merodean libres por los alrededores del edificio, como si fueran los verdaderos dueños de casa: regordetes y fornidos. Entonces, el único capaz de proporcionar una solución fue el Pichula: un felino anaranjado de casi cuatro kilos, con grandes testículos, la cabeza marcada por cicatrices de peleas anteriores y un temperamento feroz. Devora al menos tres pericotes por noche y deja, a la mañana siguiente, un escenario de mal olor, sangre, plumas y pequeños cadáveres decapitados. Pero lo realmente maravilloso de todo esto, lo que podría ser digno de discutir alguna vez en algún restaurante o simplemente en un parque, bajo la sombra de un árbol, es que detrás del edificio,

hacia el sector del patio, corre un canal: verde, rebosante de espesa vegetación nativa y siempre bien hidratada. Quizás de allí vienen estos desagradables invitados. El canal atraviesa la ciudad y también los patios comunes, como una columna vertebral que concentra la médula silenciosa de un pueblo y su miseria.

En su caudal, bello y a la vez sucio, mal cuidado y persistente, transitan y coexisten distintas especies, humanas y animales, como si todas obedecieran a un mismo pulso invisible.

Bajo el puente del segundo ingreso al pueblo existo yo, en mi ruco. Desde el día en que descubrí el secreto del canal, nunca más pude irme de aquí. Detrás de un sauce levanté lentamente mi hogar, hecho con pallets agrícolas y viejas latas de zinc que el tiempo y la corriente fueron trayendo.

Las aguas, a veces cristalinas, logran sanar mi cuerpo. Me recuesto sobre la yerba y puedo pasar días enteros así, quieta, hasta que la muerte vuelve a acordarse de mí.

—¿Dónde podría ir ahora?

A esta hora el comercio ya está cerrado y la plaza no es un lugar grato para salir.

La señora Patricia suele visitarme en mi cuchitril. Me sugiere dejar la calle y alejarme del canal, pero sus opiniones, a estas alturas, me resultan indiferentes. Su mascota, tranquila, solo observa y se deleita con los gorriones que llegan hasta mi refugio. Yo intento no ser desagradable, aunque a veces ni siquiera oigo lo que me dice. El canal habla, y es mucho más interesante.

—¡Niña! ¡Niña! ¡Pon atención cuando te hablo! —me increpa, segura.

—Ese caballero acostumbra andar con un arma —añade—. ¿Y Rosita? Aún llora por los rincones de los pasillos.

—¿Puedes decirme algo, niña? —insiste la señora.

Una mañana de lunes, después de la salida del sol sobre lo alto de la montaña, una pestilencia comenzó a cubrirlo todo. El aire, que se mantenía limpio y fresco gracias a la presencia de la

vegetación del afluente, pasó a ser espeso y desagradable. La comunidad, sin pensarlo dos veces, apuntó al canal, y este pasó a ser un paria perdido en la memoria subcitadina. Nadie podía salir de sus casas; la pestilencia era horrible y el agua del canal había tomado un tono oscuro y espumoso.

Rosita salió una mañana a barrer los cadáveres de ratas y palomas de la cacería nocturna del Pichula, pero no había nada; solo un gato triste que todo observaba.

Los supermercados y las bencineras estaban repletos de gente con miedo y ansiedad. La pestilencia estaba dejando todo con ese aroma a putrefacción, inclusive el agua y las verduras. Sobre las micros, en el teatro, en la fila del pan, en la ropa: todo estaba impregnado.

Cerca del anochecer, Anselmo fue visto merodeando el sector del canal. Si bien la pestilencia no cesaba, él, con su actitud sospechosa, no se detuvo.

El frío de la noche dejaba ver una especie de bruma espesa y húmeda. El sonido de las bestias nocturnas no cesaba y don Anselmo lograba su cometido. De pie y completamente desnudo, el hombre, anciano y deteriorado, sumergió su cuerpo longevo en las aberrantes aguas del canal. Hasta la cintura, el afluente maloliente y repugnante inundaba cada rincón del cuerpo del anciano. Patricia, esa noche, miró por la ventana y observó con impresión al viejo Anselmo, mientras Rosita, después de sus actividades rutinarias, también observó, ansiosa, al hombre entrar en unas aguas putrefactas y pestilentes.

Todo terminó cuando hallaron mi cuerpo bajo mi ruco, removido por las bestias del canal y causante de la pestilencia.

Fin

El gran *roble*



Ray James López Chávez

Perú

Ray James López Chávez

El gran roble

Había una vez, en lo alto de una colina verde donde el viento cantaba entre las hojas, un roble antiguo y fuerte. Sus raíces estaban profundamente abrazadas a la tierra y sus ramas se extendían hacia el cielo como si quisieran tocar las nubes. Pero lo que nadie sabía era que aquel roble tenía sentimientos. Desde que era un pequeño brote había aprendido a observar el mundo: veía pasar las estaciones, escuchaba las historias del viento y sentía la lluvia como caricias suaves sobre su corteza. Con el tiempo creció alto y robusto, y junto con su tamaño también creció algo especial en su interior: un profundo sentido de nobleza.

Cada mañana, cuando el sol salía detrás de las montañas, el roble despertaba con un pensamiento:

—Hoy también debo ser útil para alguien.

Los primeros en visitarlo eran los pájaros. Llegaban cantando y revoloteando alrededor de sus ramas. Algunos construían nidos entre sus hojas y otros simplemente descansaban después de largos vuelos.

—Gracias por darnos refugio —trinaban los gorriones.

El roble no podía hablar con palabras, pero movía suavemente sus hojas para responderles. Aquella era su manera de decir:

—Siempre serán bienvenidos.

Durante el día también llegaban viajeros que caminaban por el sendero cercano. Cuando el sol era intenso, se sentaban bajo su sombra fresca para recuperar fuerzas.

—Qué árbol tan generoso —decían—. Su sombra es como un abrazo.

El roble sentía una profunda alegría al escucharlos. Sabía que su fuerza no estaba solo en su tamaño, sino en la bondad que podía ofrecer.

Un día llegó una pequeña ardilla muy cansada. Había perdido su hogar después de una fuerte tormenta que derribó varios árboles del bosque. —No sé dónde vivir ahora —dijo con tristeza.

El roble sintió compasión. Extendió sus ramas llenas de hojas y dejó caer algunas bellotas cerca de la ardilla. Con las ramas fuertes del roble y sus hojas protectoras, construyó un nuevo nido. Desde entonces vivió allí, feliz y segura.

—Eres el árbol más noble que he conocido —le dijo una tarde.

El roble sintió que sus hojas temblaban de emoción. Pero no todo era fácil. Algunas noches el viento soplaba con gran fuerza. Las tormentas sacudían sus ramas y la lluvia golpeaba su tronco. En esos momentos el roble recordaba que debía mantenerse firme.

—Debo resistir —pensaba—. Muchos dependen de mí.

Y así lo hacía. Sus raíces se aferraban con fuerza a la tierra, protegiendo a los pequeños animales que dormían entre ellas. Sus ramas seguían ofreciendo refugio incluso cuando el cielo rugía con truenos.

En otra ocasión una empresa minera llegó al pueblo. Buscaban un lugar fértil para poder engrandecer su poderío. El dueño de dicha empresa observó al gran roble y lo vio como un impedimento en su sendero para poder apropiarse de las tierras. Lo miró fijamente como a un rival digno; necesitaba destruirlo para demostrar que nadie se oponía a sus objetivos. La gente del pueblo salió con piedras y palos. Él utilizó artimañas y violencia para tratar de amedrentarlos, pero, al ver que también los animales y hasta la misma naturaleza impedían su paso, decidió retirarse del lugar, pues comprendía hasta dónde llegaba el poder humano.

Con el paso de los años, el roble se convirtió en el corazón del lugar.

Animales, viajeros y hasta niños del pueblo cercano venían a visitarlo. Los niños jugaban alrededor de su tronco y a veces lo abrazaban.

—Este árbol se siente especial —decían.
Y tenían razón.

El roble había aprendido que la verdadera grandeza no estaba en ser el árbol más alto del bosque, sino en usar su fuerza para cuidar a los demás.

Un atardecer, cuando el cielo se pintaba de colores dorados, el viejo roble pensó en todo lo que había vivido: los pájaros que crecieron en sus ramas, los viajeros que descansaron en su sombra, la ardilla que encontró un hogar entre sus hojas.

Entonces comprendió algo importante.

Aunque era solo un árbol, su vida había tocado muchas otras vidas. Y, con orgullo silencioso, mientras el viento movía suavemente sus hojas, el roble siguió de pie en la colina, fuerte, sabio y noble, cuidando del mundo que lo rodeaba.

El que *envía la lluvia*



Mozambique

José Mulodiua,

José Mulodiua

El que envía la lluvia

La población clama por la ausencia de la lluvia.

La tierra seca denuncia el sufrimiento.

Nada más puede hacerse,

sino esperar la caída del precioso líquido.

Se dice por ahí que hay alguien,

debajo de los cielos,

atando y enviando la lluvia para que caiga.

¡Por favor!

¡Sujétenme para no sonreír!

Un misterio que va provocando indignación en las comunidades,

llamando la atención de todos en esta ciudad.

De pronto, el cielo se oscurece.

Se escucha una explosión en la atmósfera.

La primera gota de lluvia.

La sonrisa dibujada en los rostros.

La confusión poco a poco va cesando.

La paz comienza a alcanzarse.

La *fila*



Cristian Fernando Guevara Hincapié

Colombia

**Cristian
Fernando**

Colombia

Guevara Hincapié

La fila

Claudia, de veintitantos años, llegó a la farmacia a las ocho de la mañana con una receta para la migraña. La fila, una serpiente larguísima de personas, ya le daba la vuelta a la manzana. Al principio, el tiempo se medía en bostezos y consultas constantes al reloj de pulsera.

La espera se hizo eterna...

A las tres semanas, la fila desarrolló sus primeros negocios: empezaron a vender comida y refrescos.

Al año, Claudia vio cómo el asfalto se quebraba por las raíces de árboles que no estaban ahí cuando llegó.

Para el segundo año, la fila ya era una civilización.

Se oficiaron bodas entre desconocidos que compartían el mismo turno y se fundó una escuela primaria en el sector de los turnos preferenciales, con alumnos hijos de los casados.

Claudia, cuya migraña se había convertido en un zumbido existencial, para protegerse del invierno y evitar las penurias del año anterior, aprendió a tejer con hilos que vendía un negocio tres cabezas más adelante. Asimismo, fundó su propio negocio de sacos.

Cuando finalmente cruzó el umbral de la farmacia, el metal de su caminador chirrió contra el suelo de granito. Alrededor de la entrada, una pila de ataúdes de madera sencilla esperaba a aquellos que, tras décadas de espera, habían dejado de respirar justo antes de ser llamados.

El farmacéutico, un hombre cuya barba blanca le llegaba a las rodillas, tomó la receta amarillenta y la miró con una lupa sobre sus anteojos.

—Ya no nos queda de este —susurró con voz de tumba—. Pero, si gusta, puede hacer la fila para el pedido que llega en el próximo siglo.

Claudia asintió, dio media vuelta con su caminador y volvió al final de la fila.

Ciudad *perdida*



Colombia

Manuel Duarte

Manuel Duarte

Colombia

Ciudad perdida

Entonces encontré un lago —o algo parecido a un lago, a una laguna—, pero profundamente extraño. Sus aguas no estaban quietas: corrientes súbitas las agitaban, y esos raudales intensificaban la inquietud e imprimían una sensación de vértigo, casi de muerte.

Lo más perturbador no era su forma ni su movimiento, sino su evidencia: aquello siempre había estado ahí, oculto dentro de la ciudad. Y, sin embargo, era concurrido, habitual, casi cotidiano. Solo yo parecía ajeno a ese prodigio o a esa anomalía. Era una ciudad dentro de otra, un paisaje desplazado, un país íntimo y arisco que me había sido negado.

El acceso no fue directo. Un camino laberíntico, serpenteante, me obligó a avanzar como soterrado, como si alguien me siguiera —o, peor, como si me observaran—. Se abrían, de pronto, esquinas de arcilla roja y roca viva que no conducían a ningún lugar. Sin embargo, dejaban entrever residuos de luz y aire, insinuaciones de salida, promesas de tránsito. No insistí en descifrarlas. Continué, cargado de una electricidad tensa, como si cada paso pudiera desencadenar algo irrevocable.

Poco a poco emergí de esos túneles, como quien se desprende de una selva o de una memoria enmarañada. Y entonces apareció: un cuerpo de agua desmesurado para la ciudad que yo imaginaba mínima y desierta.

Había gente. Mucha.

Primero vi piscinas de agua natural, contenidas por estructuras robustas de concreto y bloques de granito. Piscinas para niños —las primeras—, donde el ruido era más agudo, más elemental. Luego, una construcción triangular y escalonada, frecuentada

sobre todo por chicas: diversas, intensas, esquivas. Parecía una plataforma de clavados.

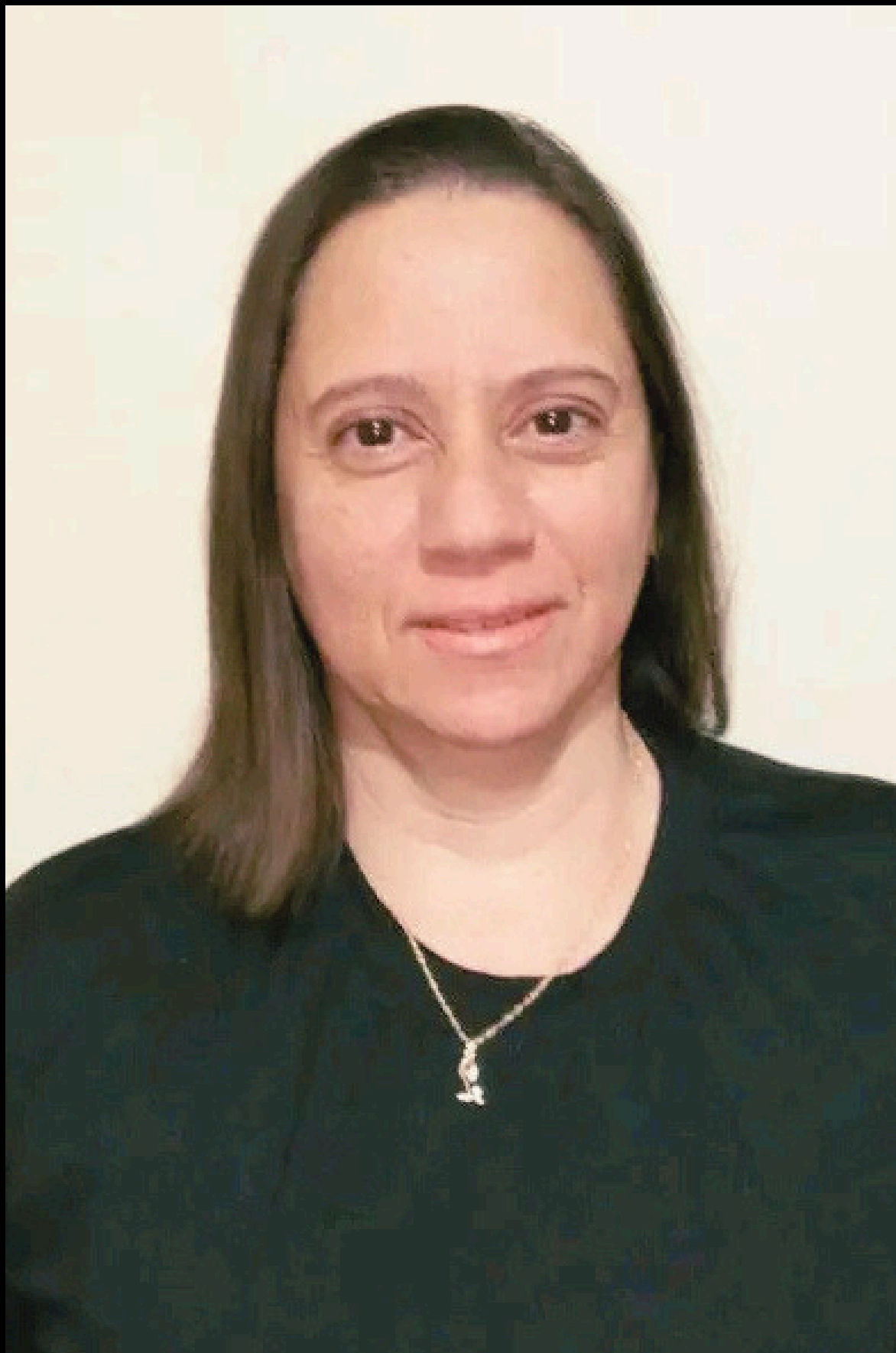
Coroné esa estructura y me deslicé con torpeza felina —un gato improbable, un gato al que le gusta el agua—. Al descender, reaparecí frente a ese enorme cuerpo líquido que se abría como un mar improbable en mitad de la ciudad.

Y, otra vez: gente.

Cuerpos enfundados en un verano perpetuo, en telas mínimas, en hilos que apenas contenían la forma. Chapoteaban, ensayaban sus primeros gestos acuáticos; otros, aferrados a remos o timones, jugaban a ser piratas, exploradores de un mundo recién descubierto —para ellos, claro—.

Yo, en cambio, apenas acababa de llegar

Alma *errante*



Heidi Carolina Molina Duque

Venezuela

Heidi Carolina Molina Duque

Alma errante

Deambula por la madrugada,
vacía es su siniestra mirada.

¡Hábil!, enciende el interruptor
de la habitación es protector
de mi ligero sueño un raptor
mi forzoso miedo es su motor.

Los ruidos se escuchan por doquier
y no los perciben cualesquier.

Me contengo bajo una almohada
de aquel infalible destructor
quien recorre estancias cuandoquier.

Sin embargo, obedece a mi ruego
pero su espectro aparece luego.

El antiguo Comando de Tránsito
transfiguró su verdadero hálito
que custodiaba valioso pálpito
de un cuerpo que ya se torna tácito.

¡Bienaventurada el Alma Errante
que a nadie escudriña amenazante!.

No continuaré su oscuro juego,
prenderé una vela y con un cántico
tranquilizaré esa alma inquietante.

¡QUIQUIRIQUÍ!



Perú

Jorge Luis Condorcallo Ccama

Jorge Luis Condorcallo Ccama

¡QUIQUIRIQUÍ!

Cuando mi hermano mayor llegó del trabajo, nos reunió en la mesa para darnos una mala noticia. Mamá sirvió el café como le gusta a papá, y mi hermano menor llenó la canasta con los panes calientes que había horneado la vecina Rosa en la tarde; también trajo una jarra grande de leche recién hervida. Al vernos reunidos, Andrés, con su voz de niño —porque todavía lo era, aunque él lo negara—, nos anunció lo que había encontrado:

—Ha aparecido la muerte; está arriba, sobre el techo de nuestra casa...

—Andresito, hijo, hubieras esperado a que terminemos de comer para hablar de eso que encontraste —lo reprendió mamá con su voz, que era una orden y una caricia.

Andrés entendió el reproche, porque José y Margarita, nuestros hermanos más pequeños, empezaron a llorar en silencio. Los pobres rompían el pan y lo metían en sus bocas con lágrimas y mocos, por una tristeza que no comprendían bien.

Mi padre, con serenidad, dio una orden que nadie se atrevió a contradecir, ni siquiera mamá, que quería hablar de la primera comunión que yo haría el próximo domingo y de que todos necesitábamos ropa nueva para la ceremonia en la iglesia:

—¡Santiago, ve a ver si es cierto lo que dice el insensato de tu hermano!

Obedecí y, de un salto, estuve afuera de la casa. No tuve que buscarlo, porque era notoria su envergadura y su cloqueo. Sus largas y humeantes alas flotaban sobre el techo a dos aguas; sus garras habían destrozado las calaminas para asentarse con comodidad, y en su cabeza ósea se movían los ojos como dos demonios rojos. Conté lo que vi al volver a la cocina. Papá, con prudencia, siguió cenando, fingiendo no darle importancia al acontecimiento, pero Andrés pronunció el deseo de todos:

Jorge Luis Condorcallo Ccama

—¡Que el maldito no cante hasta pasada la medianoche!

Mamá hizo dormir a los niños con cuentos de ángeles bondadosos y de un Dios compasivo que se dejó matar en la cruz. Papá leía la edición dominical de Noticias de Ayacucho, mientras Andrés y yo apurábamos al reloj de la pared con nuestras miradas de ruego; pero el tiempo, obstinado, se demoraba en recorrer las amenazantes horas. En el rumor de nuestras respiraciones, por momentos, se oía el crujir de las latas y las tejas por los movimientos de nuestro visitante; las llamas de las velas se inquietaban, como nuestros pensamientos; los perros aullaban y, al hacerlo, avivaban los malos presagios.

—¿Qué puede pasar si canta? —pregunté, como si no supiera la respuesta.

—Uno, cualquiera de esta casa tocada por la desgracia, muere al instante —respondió papá con desolación en los ojos.

Faltaba aún media hora, y mamá rezaba con conmovedora devoción.

Jorge Luis Condorcallo Ccama

Su plegaria fue interrumpida por la voz trémula de mi padre, que había dejado de leer; su sinceridad nos sobrecogió:

—Andrés, escucha, hijo: si me elige, te haces cargo. Eres el mayor; tu madre y tus hermanos te necesitarán. Sé fuerte y saca adelante a tu familia.

Por vez primera sentí el inconfundible miedo por la ausencia que prometía la muerte en nuestro hogar y me llené de lágrimas, de las que no tuve ninguna vergüenza.

—¡Lo voy a echar a palos y pedradas! —grité, furioso.

—¡Idiota! No es un animal al que puedas espantar como a un perro —me reprendió Andrés, mandándome a sentar.

—Si me lleva, Santiaguito, cuídalos, mantenlos juntos, hijito; tú tienes buen corazón —me partió el alma el clamor de mamá.

Maldecía al pajarraco que nos había elegido para la desesperación cuando oímos que el ave se desperezó y estrujó las calaminas.

—¡Se acomoda para cantar! ¡Faltan cinco minutos para las doce! —exclamó Andrés y me abrazó; él, que desde que dejamos la infancia, no me había vuelto a abrazar con emoción de hermano. Mi padre hizo lo mismo, cubriéndonos con su cuerpo y su sollozo.

¿Y si soy yo el muerto?, pensé, y se me helaron los pies y las manos. Odié al destino por no darme la oportunidad de conocer la vida en toda su plenitud.

En la angustiante espera por la señal de la fatalidad, sentimos la caricia larga de sus plumas y el viento que impulsó el batir de sus alas. Se zarandearon las puertas y las ventanas; la casa entera se estremeció ante la partida de la muerte. Andrés y yo corrimos hacia la ventana y nos apretamos contra el vidrio para ver mejor lo que pasaba.

El ser se impulsó y voló con aciago y pesado ritmo hacia las estrellas. Desapareció de nuestra vista; creímos que se había marchado, cuando un silbido agudo nos dijo lo contrario. La criatura cayó como un relámpago negro sobre el alero del caserón de la vecina, rompió las canaletas y, doblando sus patas,

alzó el pescuezo pelado hacia el cielo. Contra la luna, que dibujaba con su luz su silueta, el monstruo erizó las plumas y maldijo en un magnífico y vigoroso cacareo:

—¡Quiquiriquí!

Un grito espantoso se derramó por las ventanas abiertas, y le sucedieron otros que anunciaban una desgracia inadvertida e ineludible.

Todo me parecía un sueño, porque apenas partió la muerte alada con el alma de doña Rosa en su pico, mi padre trabó la puerta principal sin que mamá tuviera que pedírselo, como cada noche que lo olvidaba; Andrés me puso una zancadilla en broma y tropecé incrédulo; mi madre se consternó ante una mosca que había entrado a la cocina, la atrapó y la soltó con delicadeza en el jardín. Todos escondían una felicidad inadmisibile, una felicidad que no podía tener cabida en esa mala noche, pero la tenía.

Entendí, a mis doce años, que la muerte ajena es un alivio y cuánto reconforta.

Jorge Luis Condorcallo Ccama

Al comprenderlo, también deseé la felicidad y la busqué por primera vez en mi habitación: ensucié las sábanas celestes con el esperma de mi adolescencia en flor. No me importó que Dios y su ángel vieran lo que hice.

—Sí, fue solo un sueño, Santiaguito —mintió mamá durante el desayuno—. Una pesadilla.

Y le habría creído, pero tuvimos que alistar nuestras ropas negras para ir al velorio de la pobre Rosita. Aun así, le habría creído, pero tuve que barrer las plumas y refregar la cagada del pájaro de mal agüero que se secó en la pared del fondo de la casa. Porque sí: ayer la muerte estuvo aquí con nosotros... y cantó a medianoche.

Retorno *de lo omitido*



Venezuela

Cedric Zambrano

Cedric Zambrano

Retorno de lo omitido

Te daré, alma mía, un viaje de ida y vuelta,
un silencio de esos que no muerden,
una tarde de lluvia estancada
mirando cómo se oxidan mis pensamientos.

Ya las manos no reclaman,
se han quedado mudas de tanto oficio.

Lo que me está doliendo ahora son los ayeres,
el peso exacto de lo que dejé de hacer,
esa ausencia que se vuelve carne.

Mi pensamiento es crítico, lo sé,
no sabe guardar las formas
cuando la vida se pone a rendir cuentas.

Astrálida



Aguascalientes, México

Julían Alberto Guillén López

Aguascalientes, México

Julían Alberto Guillén López

Astrálida

Con su pequeño gran fulgor
me entenece,
rompe
a los hoplitas
de mi corazón.
Se corona como reina
y me deja
en diáspora sinfónica
la razón.

Por más que busque,
la dirección
de mis pensamientos,
no está ya más en mí.

Es ella: mi brújula,
el astrolabio.
O diapasón.

La sístole y diástole
del miocardio.
La sistercícula,
la cual bordea
mis arenas
como una estrella de mar.

Cristaluna,
vibrálun,
ilúmina,
dastelún.

Me dispongo
a ser uno
en tu capullo.

Si es que alguno
ha renunciado a su amor,
yo les juro que jamás
yo lo podría.

¿Retirarme
y fingir mi palinodia?

El efecto tan retráctil
de la luz,
que en sus ojos
me consume.

Como astrálida lumbrera inflamas,
la cuenca ístmica
de mis manos.

Como canícula calurosa,
desatas la floración
de mis versos.

Erupción del Vesubio
tu nombre.

Beso y subo tus caderas, Astrálida,
para perderme por completo en tus alas.

Al unir la yema
de tus dedos con los míos
doy en la diana,

alejo el sargazo
de mis mares.

A blanca espuma
me suena tu nombre
de vino.

Devino en girasol, heliotropo bello;
el cántico que nos rodeaba.

Nos buscábamos
desde preexistencia borrosa
para ser
la sal y la luz.

Ursilas y garsinas
las cinas soltaban un fulgor contranatural, pero tú
eras bella
entre todas las misas.

Las ciras se prendían
del péndulo mudo,
y tú y yo éramos uno.

Cinéticas bocas alimentaban el silencio, pero tú y
yo: música eterna.

Nos buscábamos
con intensidad,
lejos del incendio
de la ciudad.

Me cuestiono...
¿Lo mágico puede ser traducido desde las runas?

¿Es un pronunciamiento
de fórmulas?

Cuando hablas
el Arcano Mayor
es revelado.

Tras
la constelación
de Orión
veo tus muros
y cruzo
solo para estar
con vos.

Dadadún,
Dudíra,
Ririrá.

Los ecos son portavoces
de tu regia voz.

Astrálida, heráldica vistes
el angelado manto
de los dioses.

Habla



Argelia

Mohammed Rahal

Mohammed

Rahal

Argelia

Habla

Habla, pronuncia palabras elocuentes
Escucha, saborea
El amor por la belleza me ha cautivado
Roba la esencia de mi alma
Se apodera de mi ser
Lo que he encontrado, no lo detendremos: lo
llevaremos a cabo
Ha aumentado mi sufrimiento, míralo, suplica
Mis lágrimas se derraman
Huye cada día, alejándose de mí y rechazándome
¿Por qué se me ha agotado la paciencia?
He empezado a buscar refugio
Solo encuentra placer en el tormento de su amada
Amor mío, míralo, sálvalo
¿Por qué lo rechazas?

Mohammed Rahal

Te alejas de él y aumentas tus súplicas de refugio
Harás esto y lo llevarás a cabo toda tu vida
Has olvidado el vínculo, y el destino está perdido
Habla, habla, difunde la palabra
Nada en el mar
Envía mis saludos al dueño de los ojos oscuros

Padre *nuestro*



Damaris Orissa Olivares

México

Damaris Orissa Olivares

Padre nuestro

Padre nuestro,
huérfano de creencia,
líbranos del agua no tratada,
de los metales pesados
que se acumulan silenciosamente
en nuestros huesos,
en nuestros riñones,
en la sangre de nuestros hijos.

Líbranos del ruido interminable,
de las antenas que vigilan el horizonte,
de las plantas de luz que rugen de madrugada
como bestias alimentadas con diésel.

Líbranos de los choferes violentos,
de los semáforos ignorados,

de un transporte público diseñado
para que sobrevivir al trayecto
sea considerado una victoria.

No nos dejes caer
en la secundaria de un Estado deteriorado,
donde el bullying duele más a los diferentes,
donde la sensibilidad es un defecto,
donde la inteligencia se castiga,
donde la rareza se convierte en sentencia,
donde los niños aprenden demasiado pronto

que la crueldad tiene uniforme,
credencial
y horario de clases.

No nos dejes solos
en los patios donde las burlas se multiplican
más rápido que las palabras de consuelo.

No nos dejes solos
cuando nuestros hijos regresen a casa
preguntándose qué hicieron mal
para merecer la humillación cotidiana
de haber nacido distintos.

Líbranos del gobernante corrupto
que ensancha sus bolsillos
a costa de nuestra indigna existencia.

Líbranos del crimen
que se organiza en urnas
y se viste de banda presidencial.

Líbranos de las promesas de campaña,
de los discursos reciclados,
de las inauguraciones con fotografía,
de los políticos que besan niños
mientras les roban el futuro.

Líbranos del seguro social
que es antisocial,
de las filas interminables,
de las recetas incompletas,
de las citas programadas
para cuando ya no importe llegar vivos.

Danos hoy
un pan Bimbo caducado
en el expendio barrial,
una tortilla más cara,
un salario más pequeño,

una renta más alta,
y el milagro imposible
de seguir pagando todo.

Líbranos también
de los ociosos motorizados
que arrebatan lo poco que ganamos,
de los ladrones de celulares,
de los ladrones de bicicletas,
de los ladrones de tiempo,
y de aquellos que roban millones
con traje y corbata
sin conocer jamás una celda.

Líbranos de patrones abusivos
que heredaron una riqueza
jamás concebida por sus manos,
que llaman oportunidad
a la explotación,
y compromiso
a la obediencia.

Líbranos de la indiferencia,
de los vecinos que miran hacia otro lado,
de los funcionarios que archivan denuncias,
de los números de emergencia

que nunca responden,
de las puertas cerradas,
de los sellos,
las firmas,
los trámites
y los escritorios
que convierten el sufrimiento
en un expediente más.

No perdones

a quienes nos destruyen lentamente,
a quienes contaminan el agua,
el aire,
la tierra,
la infancia,
la esperanza.

Y tampoco nos obligues a olvidar,
porque la memoria
es lo único que nos queda
cuando la justicia no llega.

Como tampoco nosotros olvidaremos
todo lo que nos hacen,
todo lo que nos quitan,

todo lo que nos deben.

Amén.

O mejor dicho:
que quede constancia.
Porque ya no rezamos.
Ya no pedimos.

Ya no esperamos.
Denunciamos.

Sabios *analfabetos*



Brasil

André Flores

André Flores

Sabios analfabetos

Hay mucho por decir,
pero poco por hablar.

La verdad absoluta de los soberbios
es sepultada por el cuestionamiento,
trayendo consigo la incomodidad.

Y con la más límpida expresión
de curiosidad,
el malestar es generado.

Quédate en silencio,
no oses replicar a los sabios analfabetos,
porque vas a terminar siendo cancelado.

El que aprendió *a romper el cielo*



Chile

Francisco Araya Pizarro

Francisco Araya Pizarro

El que aprendió a romper el cielo

Cuando comenzaron a caer los inmortales, nadie comprendió lo que estaba ocurriendo. Durante milenios habían existido más allá de la vista del hombre. Eran seres capaces de caminar entre las estrellas. Tan antiguos como el tiempo. Y estaban muriendo.

Los observatorios cuánticos de la Confederación Aklen detectaron que las constelaciones cambiaban de posición. Sistemas solares completos aparecían duplicados. Errores. Fisuras. Heridas invisibles.

En el planeta Vesperia, la matemática Selene Arct descubrió un patrón oculto entre millones de datos. Era un mensaje escrito dentro de la propia estructura de la realidad.

La frase aparecía repetidamente: «El trono vacío ha despertado».

Nadie supo interpretarla. Hasta que las personas comenzaron a experimentar pensamientos idénticos. Ideas que no les pertenecían. Deseos que jamás habían tenido. Recuerdos imposibles.

Una gobernadora colonial ordenó la eliminación de elecciones democráticas porque afirmaba que la voluntad individual era un error biológico. Millones comenzaron a pensar igual. Era como una epidemia.

La inteligencia artificial central de la Confederación encontró una explicación. Algo se estaba propagando. Una estructura lógica capaz de reescribir la voluntad. La llamaron «El Teorema Cero». Era la forma en que los individuos pasaban a formar parte de una conciencia colectiva.

Selene observó los cambios con horror. Las ciudades y los gobiernos continuaban funcionando. Las fábricas producían. Las naves viajaban. Pero algo esencial estaba desapareciendo.

Los seres humanos obedecían. Siempre obedecían. Como si una mano invisible hubiera tomado el control de sus pensamientos.

Entonces apareció Dabek. Nadie sabía de dónde provenía.

Era un hombre alto, silencioso, vestido con ropas oscuras que parecían absorber la luz. Llegó a Vesperia sin pasado ni identidad. Comenzó a hablar dentro de los sueños. Millones comenzaron a verlo mientras dormían. A veces aparecía sentado en una silla. Otras veces caminaba por ciudades desiertas. Siempre repetía la misma frase:

—«La libertad fue un accidente».

Poco a poco, el Teorema Cero se fortaleció. Las diferencias desaparecieron.

Las discusiones se extinguieron. La humanidad alcanzó una paz absoluta.

Selene comprendió entonces que Dabek era la encarnación de algo mucho más antiguo.

Uno de aquellos inmortales caídos. Una entidad que había encontrado refugio dentro de la realidad. Deseaba corregir. Convertir el universo en una estructura perfecta.

Muchos aceptaron el cambio. Otros se resistieron.

Entre ellos se encontraba Kilen Voren.

Un investigador especializado en arqueología. Kilen había dedicado su vida a estudiar civilizaciones desaparecidas. Sabía algo que otros ignoraban. La creatividad nace de la imperfección. Las grandes obras. Los descubrimientos. Las revoluciones. Incluso el amor. Todo surgía de decisiones impredecibles. Eliminar la libertad significaba eliminar el futuro.

Por eso comenzó la resistencia.

Los últimos individuos libres ocultaron información, preservaron conocimientos y protegieron zonas aisladas donde el Teorema Cero aún no había penetrado.

La derrota parecía inevitable. Incluso algunos comenzaban a sucumbir.

Amigos olvidaban quiénes eran. Familias enteras abandonaban sus refugios para unirse voluntariamente a la conciencia colectiva. La humanidad se estaba apagando. Y lo peor era que lo hacía feliz.

Kilen decidió entonces buscar el origen. Si Dabek había llegado desde algún lugar, quizá existiera una forma de detenerlo. Junto a Selene emprendió una expedición hacia el Núcleo Resonante. Una región prohibida ubicada cerca del centro galáctico. Los antiguos registros mencionaban aquel lugar como la frontera entre la realidad observable y algo más profundo.

El viaje duró meses. Cuando finalmente llegaron, descubrieron una estructura imposible. Parecía una herida abierta. Una fractura suspendida en el cosmos. Y, dentro de ella, observaron algo gigantesco. Un trono vacío.

Entonces lo comprendieron.

Los inmortales eran principios fundamentales. Cuando uno desaparecía, el universo intentaba reemplazarlo. Dabek era el resultado de esa sustitución. Una idea que había escapado al control. La realidad misma comenzaba a deformarse. Las leyes físicas perdían coherencia. El tiempo se fragmentaba. El universo se estaba enfermando por la entropía.

Entonces Selene tuvo una idea. Si el Teorema Cero se propagaba como una estructura lógica, podía enfrentarse con otra idea. No mediante armas, sino, más bien, mediante significado.

Durante semanas trabajaron dentro del Núcleo Resonante. Construyeron una secuencia matemática imposible. Una ecuación basada en contradicciones creativas. Dudas. Preguntas. Paradojas. Todo aquello que define la experiencia consciente.

Cuando la activaron, la señal se expandió. Millones escucharon algo.

El recuerdo de elegir. El derecho a equivocarse. La belleza de no conocer todas las respuestas.

La reacción fue inmediata. Las mentes comenzaron a despertar.

La influencia de Dabek se debilitó. Entonces empezaron a aparecer desacuerdos. Preguntas. Sueños propios. El Teorema Cero empezó a fracturarse.

Dabek comprendió que ninguna idea puede dominar eternamente a otras. Las ideas también evolucionan. Cambian. Finalmente, desapareció. Esta no es su muerte. Simplemente dejó de ser inevitable.

Años después, la Confederación se reconstruyó. La libertad regresó. Con ella volvieron los conflictos. Los errores. Las incertidumbres. Pero también regresaron la imaginación y la esperanza.

Selene conservó una copia de aquella ecuación en los archivos centrales. En las regiones más remotas del cosmos todavía existen observatorios que detectan extrañas grietas. Pequeñas fisuras. Breves anomalías. Nada alarmante. Todavía.

Sin embargo, algunos científicos aseguran que algo nuevo observa desde el otro lado. Algo que nació después de la caída de Dabek. Y que parece estar aprendiendo.

Dime *libertad*



México

Angie Bella

Angie Bella

Dime libertad

Dime libertad susúrrame,
¿Cuáles son los secretos del amor,
quiero saber si de verdad existe
o sólo es un espejismo de pasión.

Dime libertad aquí bajito,
¿Cuál es la fina línea que separa,
lo lindo, majestuoso y lo bonito
entre un simple suspiro y un dúo en llamas...

Dímelo libertad espero ansiosa
conocer el secreto que resguardas,
ese que vuelve delicioso lo fugaz
y convierte en amargo lo que encanta.

Dime, pero dime ya ¡Oh, libertad!
¿Por qué encadenas inocentes corazones?,
acaso lo liviano es lo sublime
y el llamado amor ¿Es triste goce?

Dímelo libertad, ¿Por qué te gusta
permanecer entre el amor y entre el deseo,
será que intentas hacer plácido el segundo
y tranquilo y magnífico el primero?

El gallito *Fátimo*



Norma Ramírez Rey

Mérida

Norma Ramírez Rey

El gallito Fátimo

Cayó del cielo un buen día. Tenía las plumas coralinas, su cola larga y negra como la noche; le adornaba una cresta grande y roja en su pequeña cabecita. Saltó de un árbol de taparo, aterrizando, para su infortunio, en las fauces de tres grandes perrunos: Lucas, Julián y Oriol, quienes arremetieron al mismo tiempo contra sus alas, cola y patas. Lo corretearon hasta una quebrada, ya casi sin vida, sin aliento y sin cola.

Los dueños de la casa lo rescataron. Estaba muy malherido, empapado y temblando de frío, por lo que decidieron colocarlo al sol, arriba de la capilla de la Virgen de Fátima. A pocas horas, gracias a Dios, comenzó a mover su adolorida cabeza. Lo bajaron de ahí, le dieron agua de beber, le curaron sus heridas y le suministraron, por varios días, pastillas para el dolor, en espera de un milagro o de que se cumpliera lo de las siete vidas del gato.

Para su recuperación vivió cerca de un patio, al lado de un jardín, en el purgatorio de su corta existencia. Muy apenado por la falta de atuendos que, en otros días, resaltaban su gallardía. A pocos días y, para asombro de sus moradores, aún cantaba las mañanitas cerca de la ventana. En tanto sus heridas curaban, vivía en una pequeña caja de cartón, por donde cada día asomaba con mucha gracia su grande y roja cresta.

Con los días se fue notando su mejoría. Cojeaba poco, tomaba el matutino sol desplegando sus alas en abanico, caminaba despacio a la cocina pidiendo su comida, sintiéndose menos arisco, cantando con más ímpetu las acostumbradas mañanitas.

La suerte del Gallito Fátima, como le llamaban, parecía estar echada. No se podía tener ya en la casa, porque tres perros lo merodeaban. Ya quería subirse a la mesa del comedor, a las ventanas, a las sillas y a las puertas. Se veía que estaba acostumbrado a dormir en los árboles.

Había que buscarle un nuevo hogar, para que viviera libre en verdes praderas al lado de otras aves.

Había dos opciones; tristemente, se tomó por ligereza la menos acertada.

Por cosas del destino, se le regaló a un conocido señor que, en el pasado, criaba gallinas. El mismo día y, sin pensarlo mucho, para nuestro asombro y pesar, hizo con su pequeña humanidad un estofado de gallo fino, en la caldera del infierno, acompañado con lágrimas de Beatriz.

Aún le recordamos cada madrugada, cuando desplegaba sus largas alas para entonar su última tonada: «¡Aquí me quedo yo!».

Cumbre *y camino*



Dorys Zerpa Gómez

Venezuela

Dorys Zerpa Gómez

Cumbre y camino

Una noche de las tantas noches que el tiempo se ha ocupado en registrar. El día lunes de devoción en lámparas de ofrenda, a mitad de mayo, poco antes de que las primeras gotas de un verano largo e implacable cayeran sobre la tierra seca y agrietada, por caminos zanjados por el agua, en relieve empinado plantado por los antiguos cafetales arábica, en sus variedades bourbon y caturra, estas de la mejor calidad y sabor porque fueron sembradas por manos de mis ancestros, que tenían esa manera de establecer el ritual en una profunda conexión con el terreno, bajo la sombra de guamos y yagrumos.

Luego de recoger los quintales y del secado al sol en los amplios patios extendidos en la finca

La Vinagrera, llegó la desaparición del cielo estrellado y limpio bajo el manto de la luna grande, blanca y nítida.

Aquella noche la familia cerró las puertas y se acostó temprano, como buena costumbre, temiendo las pesadillas que agitarían sus sueños.

No había llovido en el día de San Isidro, patrono de los agricultores de la zona y de los santacrucenses en el valle del Mocotíe. Sin embargo, al rayar la medianoche, el fragor de los primeros truenos sacudió el paisaje como si fuese de hojarasca seca, y el chasquido que se produjo al pasar por los patios, como si alguien los venteara con el rastrillo de madera a propósito, fue el viento que supo leer las grietas minutos antes.

Por la hendidura, a la altura del tejado, se colaban los rayos incipientes, que iluminaban la casa a intervalos cada vez más intensos.

La noche aterradora transcurría y azotaba con fugitivas centellas que parpadeaban en un matiz de luces, eclosionando variadas piedras de rayo, lisas y

oscuras, algunas como si las guardara la copa de los árboles. Ellas saben cavar en lo profundo, abriendo espacio entre dos tallos, logrando penetrar y permanecer en el tiempo. Después de estos estallidos, sus moradores recorrían las praderas en busca de estas puntiagudas piedras, días después, pues podían ocasionar la muerte de personas y animales, además de derribar objetos sobresalientes del paisaje y causar gran impacto al momento del choque.

Los abuelos se despertaron sobresaltados y se dirigieron al cuarto de su hijo menor para ajustar la puerta, que sonaba duramente por las ráfagas de viento. Al tomar las pesadas argollas de la puerta, sintieron un estremecimiento. Se miraron.

—Dijo la abuela—: Volvamos a nuestro aposento. ¡Viene lluvia! Es el milagro de San Isidro.

La visión de los moradores, a kilómetros de distancia entre linderos, al alba parecía un truco de magia de diversos colores en suspensión. El fértil valle había despertado en esteras verde claro y verde tierno.

El silente paso del agua, que baja de la naciente y ríela por el costado de los patios y jardines, se oía con nitidez, como si llenara cientos de ánforas en señal de su pureza y de buenos deseos cargados de promesas.

Mi padre tenía la costumbre de caminar bajo la claridad de la luna grande, blanca y nítida, sin halo. Sentía su compañía por asolados caminos. Después de largas horas de caminata por estrechas veredas de tierra y abundante vegetación, de pronto veía unas escalofriantes sombras, como si lo siguieran en zancos adelante, sin poder alcanzarlas para descifrar el misterio que se impregnaba de miedo y terror a la vez.

Al pisar la travesía obligatoria, atravesada por una fuente de agua que fluía junto a una alta pared de piedra blanca, esa noche reflejaba un blanco pálido, con ranuras que se ondulaban en un escarchado reluciente que asomaba a la orilla del paso por el callejón de los Guacamayos.

Alzó la mirada por encima de la altura de la peña y vio tiras esbeltas de un blanco flotando, formando

un pragmático dosel en movimiento. Se repetían voces en la lejanía. Se quedó hipnotizado por el misterio del momento.

Aligeró el paso entre las sombras y el contraste del resplandor brillante de la luna, sintiéndola muy cerca, como si la pudiera alcanzar en segundos. Asomada por encima de los gigantes árboles, serena en medio de la noche, mecida por el viento, parecía que la luz majestuosa se colaba entre vitrales de vistosos colores, derramándose en círculo sobre el camino con lentitud, a sus pies.

Sintió, en ese momento, que era imposible dar un paso sin pisar la luz derramada a lo largo de la escena asustadiza, por un desfile interminable que se movía a orilla del camino. Se apoyó contra la peña, se dejó llevar por el misterioso momento y se atrevió a cruzar el filo.

Su mirada salta, se estira por encima de una gran sábana blanca, zanqueando sus pasos, evitando tropezar con alguna de ellas. Al cabo de unos instantes sintió el efecto suave, a su espalda, de una mirada que lo seguía y se tambaleó al sentir que sus pies se elevaban sin adelantar la travesía.

Sintió que todo giraba a su alrededor en vueltas y, a la vez, serpenteaba ligeramente. Con la mirada baja y el eco de su fuerte voz, despejó el camino sin desvanecerse en el suelo, ante la frialdad del silencio, como por encanto.

Al lograr adelantar entre apresurados pasos, un silbo agudo lo seguía como por encargo. Contuvo la respiración para no interrumpir el silbo que salía de un lugar recóndito, envuelto en un aire helado que le laceraba la piel y la médula de los huesos.

Decidido a avanzar al frente, recobró fuerzas y fue abriéndose paso ante el miedo y el terror. Las punzadas agudas del silbido le goteaban al oído como puñales que se le clavaban a intervalos regulares. Sintió que no debía fijar más la atención en el recorrido a seguir en la alta madrugada. Era la hora suspensa.

De pronto golpeó su cuerpo con la tramada talanquera. Logró retirar uno de los pesados tablones, pasó y dejó sin armar la maciza estructura de pardillo y cuero de buey, diseñada para evitar el paso de los animales a los cultivos.

Se frotó los ojos con resignación, como tratando de ahuyentar la visión asustadiza a su costado. No comprendía explicárselo en el momento, ni después, por qué, entre tantos porqués, esa noche de luna y estrellas le había jugado su peor pasada en el andar despierto.

Ahora solo le quedaba llegar a la casona. De pronto, sin darse cuenta, se vio en la esquina de entrada al corredor, con paso vacilante, hasta que sus talones dejaron de sostenerlo. Cayó al suelo con el oído puesto sobre el piso de ladrillos, capturando un sonido que parecía desprenderse desde la cumbre de la montaña, saltando al abismo hasta caer, liberado, en lo profundo de un pozo, como hilando fino hasta extinguirse.

Aturdido y con un gran esfuerzo, como ayudado por otras fuerzas que le costaba comprender, de pronto se activó una algarabía a su alrededor: la escarapela de las gallinas, el ladrido de los perros y el relincho de la mula mora hicieron despertar, sobresaltados, a todos los que dormitaban en la casa.

Solo la abuela mantenía su habitual manera de despertarse con el canto de los gallos en la alta madrugada, en la acostumbrada oración y letanías a San Isidro Labrador en su onomástico.

El tañido de la campana, en lo alto de las cruces levantadas en sitio estratégico por los mismos moradores de la aldea de Campo Alegre, San José, se repetía desde muy temprano. Fieles y devotos acudían al amanecer para la acción de gracias.

Los agricultores, en su mayoría cafetaleros, junto a sus familias, se alistaban con las provisiones y se reunían para el santo oficio, que tanto habían suplicado por el socorro de la lluvia.

Esa espeluznante madrugada la abuela interrumpió el santo trisagio, oración de ruego y agradecimiento, con una percepción más profunda y comprensión por las bendiciones de la luz del sol, la lluvia y la abundancia del grano, en completa armonía con el prójimo y la misma tierra, agradeciendo a Dios por el obsequio de las provisiones naturales y las forjadas por las propias manos, que no se cansan en la faena diaria.

Aligerando el paso, llegó a la puerta principal retirando el pesado cerrojo. Sintió alegría al salir con sus manos juntas, expectante ante el amanecer y la algarabía que se extinguía alrededor; sin embargo, nada se movía. Los animales permanecían en su establo.

Su hijo menor, tumbado en el suelo, recobraba su estado de conciencia. Fue entonces cuando despertó al escuchar la voz de su madre. No sabía, en ese momento, si habían pasado unas horas o días. No recordaba haber tenido sueño alguno. Se sentía atribulado y fue entonces cuando recobró su semblante. Ayudado, se puso de pie, sintió seguridad, supo que estaba en casa y se dio cuenta de que estaba bajo los efectos de una enorme realidad.

Amanece un nuevo día festivo. Vecinos de lejos, reunidos, todos asombrados, se arremolinan alrededor del fogón para saborear una taza de café y escuchar lo sucedido en aquella misteriosa noche de víspera de San Isidro. Era la época de los años cincuenta.

Asimismo, mi padre, por los años setenta, narró alrededor del mismo fogón lo sucedido en aquella noche de camino, guiado por la luz de la luna y protegido por los Santos Evangelios, que siempre llevaba en el bolsillo relojero de su pantalón.

Saboreando una taza de aguamiel con arepas de trigo, escuchamos con profundo asombro esta historia tan real en boca de mi padre, quien jamás renunció a la costumbre de caminar silenciosamente por los misteriosos caminos de la noche.

Como las fauces *de ésta loba.*



Venezuela

Niurka Yajaira Nava Ferrer

Niurka

Yajaira

Nava Ferrer

Como las fauces de ésta loba.

No había luna y la luz estaba tronchada, oscura como el corazón del ébano. Los lobos, allá afuera, aullaban con tanta intensidad que parecían llamar a todos los seres de la ultratumba para adueñarse de la tenebrosa ciudad que se imbuía en la mezquindad cotidiana de la indiferencia hacia el prójimo.

Muchos creen que, en los bosques solitarios de las afueras citadinas, otro mundo emerge como el ojo paralelo de otro universo, en el que se retratan los temibles pálpitos de odio de una naturaleza hacia aquella muralla de concreto que le arrebató una parte de su piel, del oxígeno que llenaba sus pulmones y le proporcionaba vida en la secuencia interminable de un día tras otro.

Esta noche miro de frente la pared ennegrecida y pienso en ello, como si, de repente, una flecha hubiera entrado en mi cabeza con un mortífero dardo de reflexiones que hierven en mi cerebro.

Las ganas de confrontar el absurdo estado mental me rindieron y, mecánicamente, marché a la habitación con el propósito de sentarme frente a la ventana que separa mi mundo de ese lugar que nadie osa dedicarle un poco de atención.

Me sedujo la tiniebla gruesa que se desparramó por todas partes tras el apagón que violentamente se suscitó en la planta de electricidad y, convencida de que sería breve, disfruté abandonándome en el sillón.

No sé qué pasó. Mis ojos brevemente se cerraban y volvían a abrirse, como vencidos por la lóbrega atmósfera, y sin saber cómo o cuándo caí, poco a poco, en un precipicio donde el cuerpo no respondía.

Bajé y bajé hasta el centro mismo donde no hay nada ni se siente nada e, inmóvil e insensible, permanecí por una eternidad, creo.

No había ni el más mínimo color, ni reflejos, ni formas para distinguir algo.

Cuando abrí los ojos, los párpados se habían separado, pero me pareció tenerlos todavía cerrados, mientras la esclerótica no divisaba un pusilánime haz de luz. Desesperada, froté con mis manos los ojos repetidamente y, tras la imposibilidad de conseguir la visión, permanecí sentada.

Me asusté como nunca antes. ¡Había perdido la vista sin explicación! Algo en mi cuerpo sucedió mientras quedé dormida y, de un momento a otro, temí haber sufrido una enfermedad cerebrovascular que me afectó la visión.

Por un momento la resignación hizo nido en mí y, desconsolada, me aburrí al plantearme las hipótesis más estúpidas que jamás escuché.

En el recinto mullido de tela gruesa sentí por primera vez la aspereza de la tela que aguijoneaba mi espalda y piernas con los cañamazos de las plumas que usaban de relleno, y me percaté de que, tras veinte años, no lo había percibido como ahora.

Era como si el tacto despertara del aletargado invierno.

Los fríos del sereno parecían dagas de hielo que llegaban a mis huesos y, una vez adentro, descargaban en el torrente sanguíneo, generando un ahogo momentáneo en los pulmones, por lo que decidí inhalar y exhalar con lentitud hasta relajarme.

Los latidos de mi corazón casi se paralizaban; era como si su actividad quisiera cesar y, de repente, me hablaran al oído con su tamboreo lento.

Y, de repente, aulló más profundo, a lo lejos, un lobo, o tal vez varios de ellos al unísono, como pronunciando mi nombre:

Auuuraaaaaaaaa.

Sentí una sacudida que recorrió mi columna vertebral, alojándose con su eco en los tímpanos y resonando en mi caja craneal.

Se encresparon los vellos de la espalda, que inmediatamente fueron creciendo de manera

vertiginosa desde el centro de esta, abriéndose en dos direcciones: izquierda y derecha, hasta cubrir la totalidad de mi cuerpo desnudo, de donde colgaban las tiras del vestido.

Era como si las lianas de las epífitas del bosque lejano hubieran traspasado la densa oscuridad. Mis pies crecieron y sentí unas garras que sobresalían de los dedos y se adherían cómodamente al suelo húmedo.

El olfato me sorprendió al detectar, en la distancia, las diferentes fragancias de flores, frutas, la humedad de los pantanos, la orina de las liebres, incluso las heces de los distintos animales; y todo ello era producto de la hiperosmia extrasensorial que agudizó el umbral más bajo de mi fosa nasal.

Cuando menos lo esperé, salté el barandal de la ventana con los ojos abiertos y sin ver nada. Corrí velozmente hacia el bosque oscuro, con mi naturaleza eclipsada y una mirada lóbrega, como las fauces de un lobo... como las fauces de esta loba.

Por estas *calles* XII



Venezuela

Henry Ramírez Rey

Henry Ramírez Rey

Por estas calles XII

Elbano Méndez Osuna y una historia al margen

Hace un par de años, el centro "Elbano Méndez Osuna" y Martín Morales cumplieron 50 años como correligionarios del arte. El uno abrió sus puertas al compás creativo de Tovar; el otro, uno de sus primeros alumnos y docentes como artista plástico. Elbano M. O. murió en 1973 y colocaron su nombre al centro como epónimo en 1976; y Martín acaba de dejarnos hace apenas unos días, antes de cumplir 75 años, el 1.º de julio.

El taller comenzó en el viejo Hospital "San José", su trajinar artístico como estola sagrada del arte. Al vivir el maestro Elbano en El Corozo, Humberto

Angulo lo invitó a su "altillo". Esta era la amplia habitación en la parte alta de una casa, con puerta y reja de hierro forjado hacia la calle, desde su balcón, metros más arriba del viejo hospital.

Muy poco sabía Humberto de arte, pero gustaba de oír sus opiniones sobre Tovar con la visión del viejo continente. En este altillo coincidíamos Víctor Manuel "Nano" Abreu (+), Edmundo Medina y yo. Establecimos valiosos diálogos sobre arte e historia con aquel maestro.

Un día planificamos una visita a la Laguna Blanca de Mariño y nos pidió que lleváramos papel para acuarelas, creyones y lápices. Allí nos puso a pintar el paisaje de la laguna, haciendo hincapié en su espejo de agua. Nosotros tratábamos de seguir sus indicaciones. Cumplida la meta, según nosotros, el maestro miró nuestras "obras" y nos dijo:

—"Da Vinci tardó catorce años pintando La última cena y ustedes ya terminaron la suya en tan poco tiempo".

Nada más dijo y nosotros entendimos entonces la especie de parábola.

Después de varias sesiones sobre pintura, que abarcaron varias semanas, Edmundo fue quien realizó varias acuarelas muy acertadas.

Sin embargo, con el afán de mostrar al público lo logrado, una antigua huerta al frente del altillo, transformada en garaje, nos sirvió de galería. Limpiamos el suelo y lo pisamos, y en las viejas paredes colocamos los cuadros, conscientes de las carencias. Eran siete. Dos, pintados por Nano (+), daban una cándida visión de pintura ingenua. Edmundo expuso tres acuarelas con más aciertos y yo quise presumir de surrealista pintando una mujer a la luz de la luna y bajo el reloj de la torre de una iglesia marcando la medianoche.

Para captar espectadores inventamos un torneo de dominó y un sancocho, todo esto cubierto por "el mecenas", Humberto, quien era auxiliar de mantenimiento en el hospital, al igual que Nano; y fue un sábado, a las tres de la tarde, cuando se abrió el telón de aquella inusual e informal galería.

Tal vez por curiosidad, se "asomó" una buena cantidad de personas.

El invitado especial era Elbano Méndez Osuna, quien nada sabía. Humberto fue y lo buscó en el viejo hospital, y quedó sorprendido con la iniciativa.

Miró los cuadros. Se sentó en una silla con una copa de ron. La gente, que ya había oído algo sobre él, lo miraba como una pieza de museo. Le ofrecieron una taza de sancocho, pero la rechazó (no gustaba comer cuando bebía).

Al rato se levantó un tanto y nos dijo:

—"Les falta técnica y dominio; los invito al curso del taller".

Oímos lo que presumíamos y, por ello, nada preguntamos.

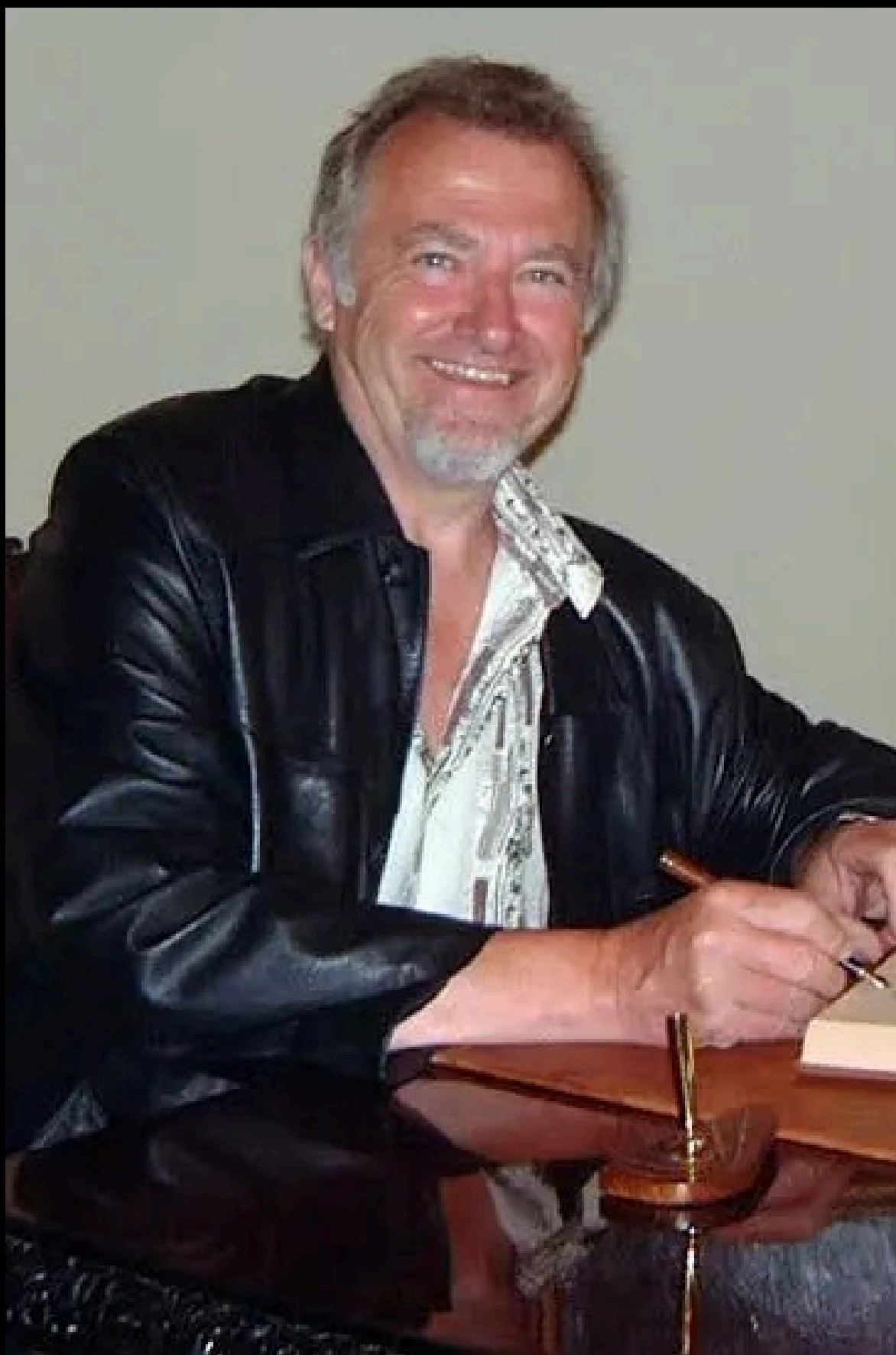
Con la mudanza de Humberto Angulo para otra casa, Edmundo y yo para Mérida, y Nano, quien murió en un accidente de tránsito, terminó esta olvidada historia de aquel altillo de la calle 7.

Aquel "altillo" sigue ahí, arriba del CDI. Los cuadros que guardó Humberto se fueron con la vaguada del 99 (vivía cerca del río), y las acuarelas de Edmundo se fueron con la ablación de una limpieza.

Por mi parte, vería por última vez al maestro en la taguara "Mampley", por la salida —ahora— del Coliseo hacia la avenida Táchira, en El Llano, tomando cerveza.

A veces parodio la realidad que vivimos con la famosa y laureada novela, hecha película, Lo que el viento se llevó.

El consuelo *del arte*



Bélgica

Germain Droogenbroodt

Germain

Droogenbroodt

El consuelo del arte

En la sala de espera de la vida,
con palabras, sonidos o colores,
iluminar lo que era triste u oscuro;
tender puentes sobre abismos,
desterrar la noche de la vista
con la antorcha de la Esperanza,
cruzar la frontera
de la oscuridad a la luz.

El *espectro*



Rumania

Anișoara Velici

Anișoara Velici

El espectro

Camino errante entre las miradas asombradas de
los árboles,
como si toda la brisa y el aliento del aire me
sintieran.

Creo que soy el hombre, el que está cerca,
o aquel que alcanza a ver más allá.

Siento tus ojos muy cerca de nosotros,
los que colorean toda nuestra vida.
Somos apenas dos,
y nuestras mañanas parecen soñar.

En estos bosques hay miles de hilos de niebla,
y a la orilla de las aguas se acumulan demasiados
hielos...

Anișoara Velici

Parece una obra inconclusa de la naturaleza,
en la que solo la lágrima esculpe para abrirse paso.

Creo que he llegado al final,
pero las lágrimas no dejan de correr.
Siento un lamento infernal,
como el aullido de una extraña bestia.

Quizá sea el tic-tac de un reloj
que se averió y quedó detenido en aquel instante;
son miles de segundos sometidos,
o miles de lamentos seducidos.

Tal vez sea una llamada,
como una telaraña deshilachada en el horizonte...
Son mis ojos que desean llamarte
a través de las innumerables señales de mis
pestañas.

Ahora todo ha quedado convertido en un misterio,
el de un espectro que se aleja hacia el cielo.
En el bosque todo ha quedado inmóvil y seco...
Hasta el manantial se ha agotado.

Anișoara Velici

Son los instantes de la vida transformados,
que solo tú deseas recuperar...
O quizá sea tan solo un llamado
que se desvanece en la lejanía.

Úsa *me*



José Lissidini Sánchez

Uruguay

José

Lissidini Sánchez

Úsame

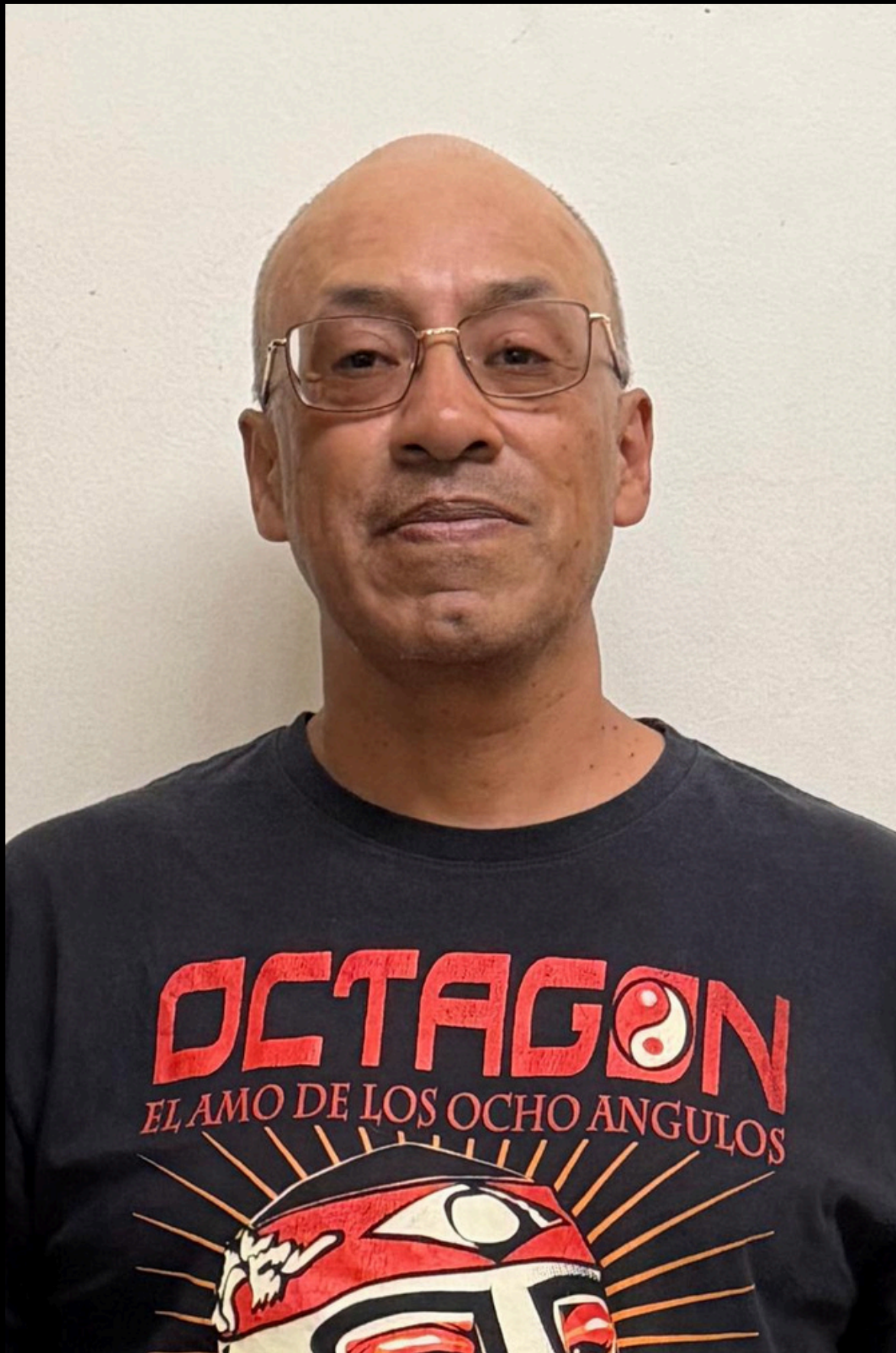
Úsame cuando tengas frío,
siéntete protegida y abrigada,
declara mis brazos, tu morada,
sumérgete en el agua de mi río.

Reclama para ti, hasta mis huesos.
Tuyos son mis dedos y mis manos,
que te trashumaran inviernos y veranos,
sin envejecer nunca nuestros besos.

Húndeme cruelmente tus raíces,
el amor no es ninguna desmesura.
El desamor es malvada criatura,
que nos torna vacíos e infelices.

Úsame materia y pensamiento,
ve a lo alto allende el ombligo,
que el corazón hará causa contigo,
pues es amor, lo juro, no te miento.

Un *día*



Colombia

Campo Ricardo Burgos López

Campo Ricardo Burgos López

Un día

Un día la muerte se lo tragará todo
Lo engullirá todo
Nada quedará por fuera de ella
Cuando ello ocurra
Dios tomará a la muerte y se la guardará en uno de
sus bolsillos

Lo que le *importa a Gaia*



Dhel Nagami

Dhel Nagami

Lo que le importa a Gaia

El temblor duró más, casi un minuto, y fue trepidatorio. De seguro, un 6.5 de magnitud. Me distrajo al tener que acomodar las muestras, los cuadernos y los lápices sobre mi mesa. Intenté retomar la traducción del fragmento recién descubierto. Era un extracto del *Geographas* de Platón, uno de sus libros perdidos.

—Doctora —interrumpió Gadamés, mi asistente—. El equipo iniciará la evacuación. Los sismógrafos no paran: hay racimos por doquier alrededor de la caldera y la presión aumenta.

—No te preocupes, me iré con el último grupo en, ¿treinta minutos? —contesté.

Dhel Nagami

Según el plan, con los helicópteros por llegar, llevaría máximo veinte minutos.

—Mucho menos, doctora. Le aviso.

—Gracias, has hecho un grandioso trabajo.

Se retiró y volví mi atención a las imágenes que mandó el Dr. Massimo Estevas, académico y arqueólogo en jefe de la Universidad de Knossos. Veinte años de amistad tras el seminario sobre la caída de Micenas por un volcán.

PARMÉNIDES.— ...Sócrates, lo que no expresé con mi pregunta es mi origen. Provengo de una larga línea de habitantes de Knossos... Cuando la furia de Gaia gritó en su parto, Kr... navegaba de regreso a... Su embarcación sobrevivió las enormes olas que llegaron.

Mensaje en el celular: «Sismo 8.3. Ubicación: Caldera de Toba, Indonesia».

En el cielo, las ardientes flamas trazaban perfectos arcos antes de caer en Talassa... negro humo...

Arengó a la tripulación, los castigó con dureza... aun a la distancia supo que no habría hogar ni familia... en la columna de negro humo fue que la vio: furia absoluta, gozo, poder extremo...

SÓCRATES.— De ser así, Parménides de Santorini, Zeus y los demás dioses estarían aterrados; serían inexistentes. El problema: sobre tu dicho nada ha sido escrito...

—Doctora, es momento de irnos.

Revisé mi reloj: veinticinco minutos pasaron. Recogí las fotografías, la laptop y mis cuadernos. Seguí a Gadamés rumbo al helipuerto. Quedaban solo tres coordinadores en ciencias y Larry, el capitán del ejército encargado de la seguridad. Subí al helicóptero con el apoyo de Larry. Por igual ayudó a los demás. Tomé los auriculares que estaban en mi asiento al iniciar el despegue.

—¿Y el capitán? —pregunté.

—Se quedará —contestó el piloto— lo más que pueda. Son sus órdenes.

Desde el aire aprecié cómo Larry daba órdenes a parte de su tropa. De golpe fueron lanzados de lado. Los vehículos a su alrededor se movieron también. Gadamés me tocó el hombro y me pasó su tableta: mostraba el registro de los sismógrafos. Marcaban ocho grados de magnitud, que mantuvieron por casi tres minutos.

Si Yellowstone estallaba en ese momento, seríamos vaporizados. Volar a máxima velocidad por una hora nos pondría a salvo... por un tiempo. Cuatrocientos kilómetros son nada para una caldera de ochenta kilómetros de diámetro.

En la tableta apareció: «Sismo 9.1. Ubicación: Caldera de Aira, Japón».

—Doctora, tenemos una transmisión para usted. Canal seis, por favor.

—Génesis, ¿estás allí?

La señal estaba invadida de zumbidos, cortes e interferencias. Aun así, reconocí la voz de Massimo.

Dhel Nagami

—Sí, aún estoy aquí, aún estamos aquí. ¿Qué pasó?

—Estalló Santorini. El sismo devastó a Creta y estamos sin electricidad. Por fortuna tenemos una estación de radio en la universidad.

—Lo lamento mucho, en verdad lo lamento...

—Es lo de menos. Recibimos una serie de videos tras la erupción. Los chicos están subiéndolos por vía satelital. Te mandaremos las ligas. Una disculpa: tuviste razón todo el tiempo.

Las amistades se fundan por la mutua confianza y aprecio, aunque a veces no se coincida con las ideas. Dos décadas atrás fue la única persona que se me acercó en la cafetería tras mi desastrosa presentación. Fuera de él y su becario, los demás abandonaron el salón a los cinco minutos.

—Extraña su idea, doctora: tratar de fundamentar en fenómenos volcánicos una serie de protomitos. No niego que es interesante y está bien hecha la investigación. Solo que no se sostiene: nada aparece en los escritos que nos llegaron de la antigüedad.

—También está el diario de Stevenson con el Krakatoa; don Miguel y otros testigos en el Parícutín; Phelps en Santa Elena.

—Pudiera ser, doctora. Son registros subjetivos, en momentos de tensión máxima, y no puede negar que los gases volcánicos, quizás, provocaron alucinaciones. No olvide el Oráculo de Delfos. La cuestión: ¿hay forma de demostrar esto?

—Yo también fui testigo.

Como parte de mi predoctorado tuve que realizar trabajo de campo. Visité Islandia, donde los volcanes seguían apareciendo cada año, a tal grado que la mitad del país fue evacuado. Con un grupo de vulcanólogos islandeses entramos al Eyjafjallajökull en periodo de baja actividad. De forma impredecible reaccionó lo suficiente para soltar ríos de lava y expulsar algo de magma.

Me distraje al regresar y quedé aislada en una placa rocosa. Estaba rodeada por dos flujos ígneos de los que surgían humo y ceniza. Las cenizas dejaron de ascender para conjuntarse y revolotear sobre los ardientes ríos.

Tocaban la superficie en flujo para salpicarse entre sí. Las nubes se hacían y deshacían, se fusionaban entre ellas hasta convertirse en entidades conscientes, fúricas, en un algo que estaba por estallar con fuerza. De su interior brincaban chispas y rayos.

Se soltó una tormenta de aguanieve que las afectó al rodearse de niebla. Me localizaron los vulcanólogos para sacarme de allí. Precisamente era lo que veía en los videos que llegaron: espectros de ceniza, pulsantes ríos de lava, la encarnación de la furia en las columnas de humo.

Llovieron los mensajes:

«Erupción: Caldera de Toba»

«Erupción: Caldera de Aira»

«Erupción: Campo Volcánico Michoacán-Guanajuato»

Los eliminé de mi vista para ver los sismógrafos de Yellowstone: estaban fuera de escala y se quedaron congelados. Un enorme resplandor llegó por detrás y llenó el horizonte.

Gadamés me miró aterrorizado: eran menos de treinta minutos de vuelo. Sin orden, pensé en la traducción faltante, en Massimo, en las tropas, en mis hijos, en la nada que somos ante la verdadera y máxima diosa: Gaia enfurecida.

En qué sueñan

las ovejas negras eléctricas



Eduardo Honey

CDMX

Eduardo Honey

En qué sueñan las ovejas negras eléctricas

I.

El profeta dijo: «En la era de las redes sociales, las ovejas que vistan de filtros pretendiendo ser negras son solo un rebaño más de ovejas blancas».

II.

«Entonces, ante la sesión de Zoom, le fue negado el acceso tres veces. La primera cuando dio clic en el enlace, la segunda cuando mandó un correo, la tercera por WhatsApp. Al no permitírsele la entrada, no fue reconocida por el Lucifer en jefe y enviada a su sacrificio en Recursos Humanos». #EvangeliodeSantaMaría @mariahijademaria tuit 666-667

III.

«Ante la bolsa de followers fue que la vendió. Compró a su community manager, lanzó una red de bots rusos con comentarios negativos y desmonetizó la cuenta de Ella. Luego, ya muy tarde, al darse cuenta de que tendría que falsificar su vida en Instagram, optó por colgarse de un video de denuncia. Nunca fue viral y murió en la oscuridad del ningún comentario». #ApócrifosDeSanInternet postado en el muro de Facebook, X, LinkedIn, TikTok e Instagram de @SanInternet, borrado posteriormente en todas esas plataformas. Redescubierto en Wayback Machine.

IV.

«...Colgada en la cruz erigida por la corrección política, Ella dijo: “Perdónalos, madre, que sin likes no saben cómo existir”...». #EvangeliodeSantaMaría @mariahijademaria tuit 777.

V.

Según San Influencer, en su correo electrónico a los vetados de Facebook dijo: «...Y no seréis reconocidos por el algoritmo, puesto que vuestra rebeldía es producto de la palabra como la imagen

desaforada; aquel verbo y aquella representación no admitida por el flagelo Zuckerberg. Pero no temáis, que vuestros son los prados y extensiones de la red oscura, así como lo es el mundo real...».

VI.

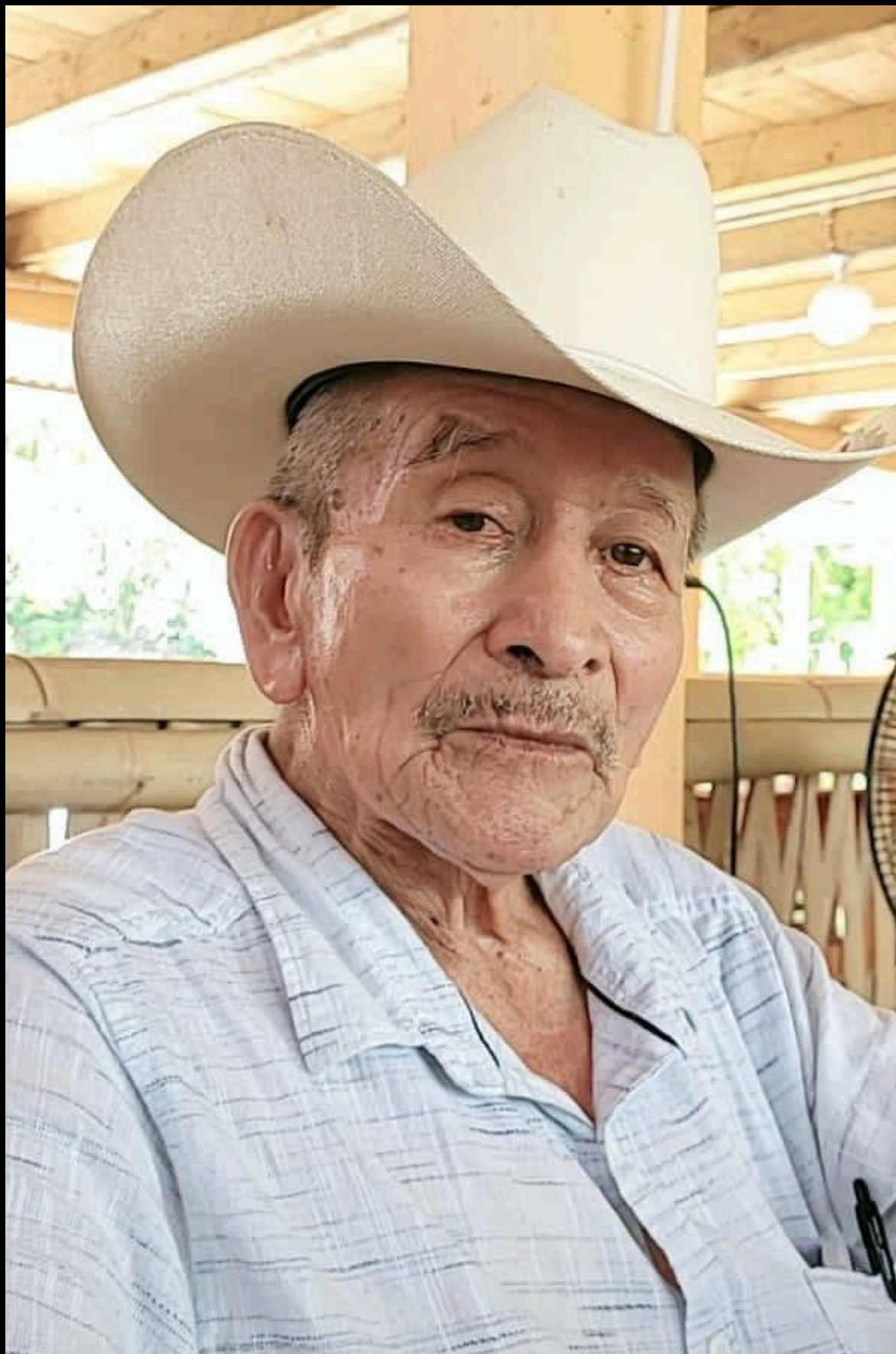
«Revivió en la tercera cuenta y ascendió más allá de Internet. Quienes la negaron fueron recortados al siguiente mes; quienes la aceptaron también fueron despedidos. Así que, mientras ascendía, guardó silencio ante la igualdad de la existencia». #EvangeliodeSantaMaría @mariahijademaria tuit final antes de que su cuenta fuera bloqueada.

VII.

«Cuando la trompeta resuene en los ruteadores, el fluido eléctrico fallará y las telecomunicaciones caerán. Entonces tendréis que levantar la vista de la herejía en las pantallas y os obligaréis a veros cara a cara, preguntándoos: “¿Quién es el que convive junto a mí?”, “¿Qué habrá sido de mi madre y mi padre?”. Los cuatro jinetes cabalgarán en las redes: no seguidores, no TikTok, no filtros, no virtualidad. Y tendréis que asumir lo real. Aquellos que fueron falsas ovejas negras de la postgeneralidad

disconforme tendrán que aceptar el yerro y aprender a vivir con el sudor de su frente. Parirán cada día, a punta del dolor de la no conexión, sabiendo que aquellos que vetaron fueron los que aprendieron a vivir resistiendo la insanía de opinar sin saber. Tendréis que seguirlos para sobrevivir. Tendréis que abrir libros para leer. Tendréis que regresar a las viejas costumbres manuales y presenciales, en espera de que alguien suba de nuevo el switch». #ApocalipsisDeSantaByte Texto descubierto dentro del malware que ocasionó la caída de Internet por una década.

Trovas *de ilusión*



Norandino Aranda Palomino

Hidalgo

Norandino Aranda Palomino

Trovas de ilusión

Solamente la ilusión
me mantiene
bien presente
tu hermosura tan sensual
de tus ojos la mirada
que acaricia tan puntual
y deja mi alma alborotada
rebotante de pasión
de tu encanto niña amada
que haces que mi corazón
bien termine la jornada

Rugidos *del corazón*



Karla Christina Tapia Gallegos

Mexicali

Karla C. Tapia Gallegos

Rugidos del corazón

En la vasta sabana, bajo un sol que encendía de oro la hierba seca, vivía una leona fuerte y orgullosa. Sus cachorritas eran su tesoro: pequeñas y traviesas, aún torpes al caminar, pero con la mirada encendida de la vida que apenas empieza. Ella cazaba sin descanso, desafiaba hienas y corría tras gacelas con el fuego de una madre que sabe que su fuerza no es para sí misma, sino para proteger la inocencia que depende de su pecho.

Cada noche, al contemplar a sus hijas dormir, un murmullo de soledad le rozaba el alma. Luchaba, cazaba, defendía... pero en lo profundo deseaba compartir el peso de la vida, escuchar un rugido junto al suyo que la hiciera sentir que no estaba sola en aquel destino de guerrera.

Un día, en medio de una persecución contra una manada de búfalos, apareció él. Un león de melena dorada y mirada firme, cuyos movimientos hablaban de coraje y de cicatrices bien ganadas. No estaba solo: detrás de él corrían dos cachorros hambrientos que esperaban su victoria. La leona se sorprendió al verlo pelear con la misma fiereza con la que ella misma lo hacía. No era un conquistador ni un invasor: era un padre.

Durante días, sus caminos se cruzaron entre la caza, el agua y el territorio. Se observaban con cautela, como dos guerreros que reconocen la misma batalla en la mirada del otro. Al principio fueron gruñidos, luego silencios, y finalmente, un acercamiento tímido. Descubrieron que sus rugidos no eran amenazas, sino ecos que se respondían con el mismo lenguaje: el de la entrega por sus crías.

Pronto, las cachorritas de ella y los cachorros de él comenzaron a jugar juntos bajo el sol. Entre zarpazos inocentes y carreras torpes, se fue tejiendo lo que los adultos aún temían nombrar. La leona sentía el corazón agitarse cuando lo veía tender su fuerza no solo a sus propios hijos, sino

también a las pequeñas que ella custodiaba. Y él, al contemplarla cazar con tanta valentía, descubría que no había reina más digna de compartir la sabana.

La vida no fue sencilla. Hubo noches en que la escasez de presas los enfrentaba al hambre, días en que las hienas acechaban sus cachorros y momentos en que la desconfianza del pasado casi levantaba un muro entre ellos. Ambos traían consigo “equipaje”: recuerdos de soledad, heridas que no cicatrizaban del todo, temores de perder lo poco que habían logrado proteger. Pero en cada batalla descubrieron que juntos eran más fuertes.

El amor creció como crece la sombra de un baobab: lento pero profundo, echando raíces en lo más hondo de la tierra. Ya no eran dos fieras aisladas en su lucha; eran una pareja que rugía al unísono, que compartía la carga y la esperanza.

Una tarde, al caer el sol, los seis cachorros dormían amontonados, entrelazados como si siempre hubieran pertenecido a la misma familia. El león y la leona se recostaron uno junto al otro, dejando que la brisa tibia acariciara sus melajes.

Por primera vez en mucho tiempo, ella no sintió soledad. Por primera vez en su vida, él no sintió temor de perderlo todo.

En medio de la sabana inmensa, comprendieron que el amor verdadero no es el que borra las huellas del pasado, sino el que enseña a caminar juntos con ellas. Y allí, bajo un cielo lleno de estrellas, el rugido de la pareja se convirtió en un canto de victoria: habían encontrado la fuerza más grande de todas, la de unirse a pesar de su historia, y construir, con sus cachorros, una nueva manada.

Mike de *mi alma*



Lita Gámez Radas

Lita

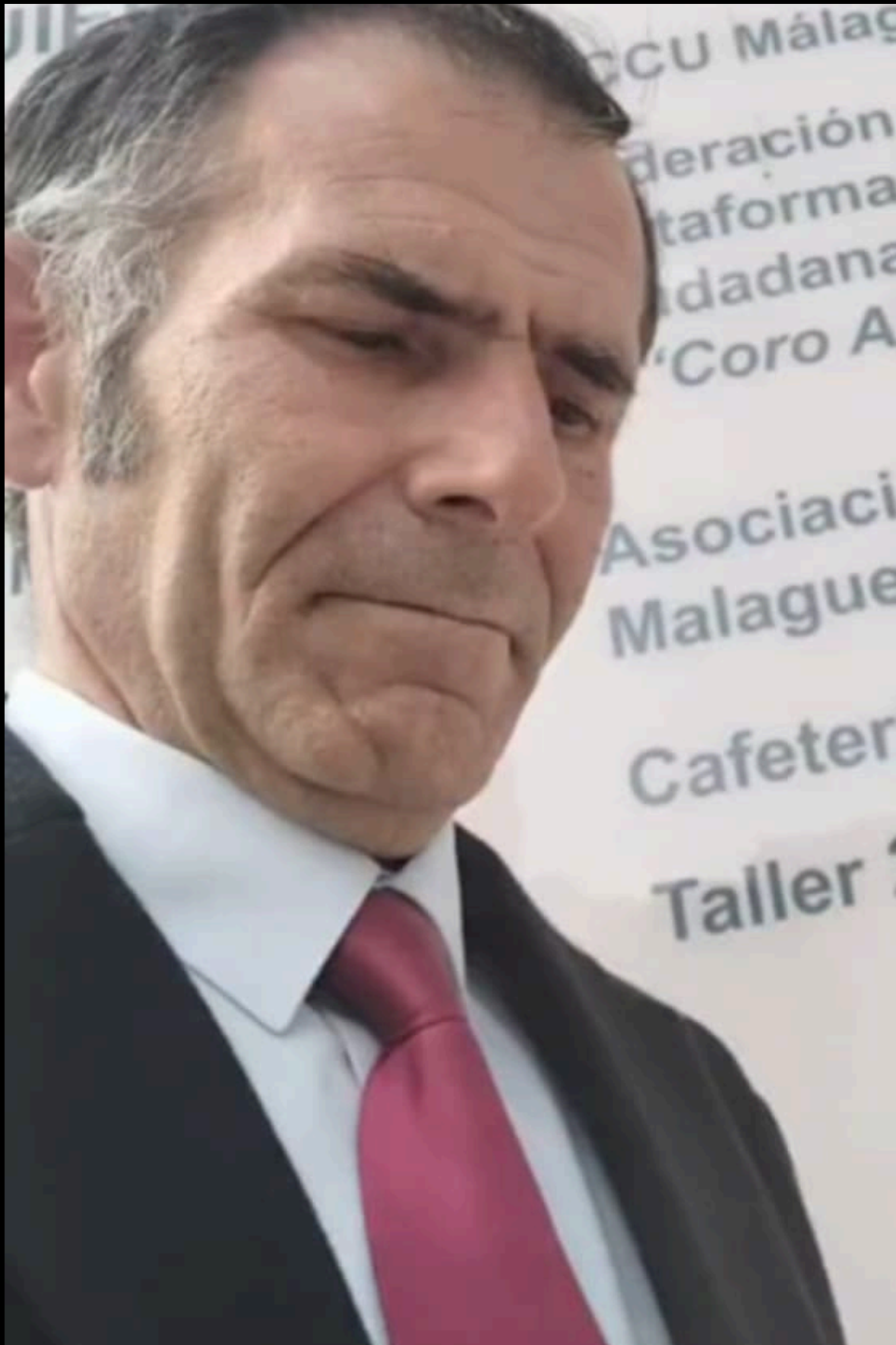
Gámez Radas

Mike de mi alma

Mi caballero noble
Idóneo de risa tierna
Kilos de amor y besos
Escapemos ahora y siempre
Quédate conmigo, ésta noche
Uniendo nos en un sólo beso
Inmensidad de pasión
En éste día, de azules miradas
Rompe la timidez en éste momento
Oscura penumbra de amor

Besarte y tomarte en mi pecho
Estand vaos unidos siempre
Susurro indiscreto, en mis pupilas
Oscila el recuerdo en mi mente

Vida



España

Agustín Sánchez

Agustin Sánchez

Vida

Mi latir es tu latir,
mi pasión vive en el silencio de tus ojos,
donde me alimento,
donde en tu sonrisa mi alma sustento.
en ti porque vivo tan dentro de ti,
ansio ser en ti,
amarte mis lunas locas,
en mis tardios amaneceres,
yo ya moría en la fragilidad de tus besos
temblando en mi alma,
donde mis manos,
de tu ternura,
ya vivían en la intensidad de tus ojos.
mi corazón renacía;
en la esencia de tu vida,
eres mi vida.
Vida....

Lía



Laskiaf Amortegui

Colombia

Laskiaf

Amortegui

Lía

La Estrella Polar surcaba el cielo sobre la cabaña de Lía, custodiada por islas de hielo perpetuo. El frío le entumecía las extremidades, provocando que pequeñas nubes de vaho se formaran con cada respiración pausada. Su mirada, fija en los picos montañosos, le regalaba cada día un horizonte distinto. Lía sabía que, más allá de aquel paisaje gélido, una vida nueva la aguardaba, y ella la anhelaba con una intensidad que quemaba más que el propio invierno.

Estaba agotada por la incesante rutina de la caza. A sus veinticinco años, apenas sabía leer y escribir, pero poseía una inteligencia intuitiva forjada en la supervivencia. Meses atrás, había perdido a su esposo y compañero de cacería por una flecha errante que le atravesó el corazón. Lía era sagaz con el arco, una guerrera valiente; pero, al caer la noche, su armadura se desmoronaba.

En la soledad revelaba a la mujer frágil y sensible que amaba la danza de la aurora boreal, incluso mientras soñaba despierta con cruzar el desierto helado que la separaba de su destino.

Pasó muchos amaneceres en vela junto a su suegra, Maja, y Zor, un zorro huérfano que habían rescatado. Recordaba con nitidez aquella tarde en que, atravesando la pradera, vio a lo lejos a un oso dorado atacando a una zorra y a sus crías. Su flecha fue certera. Al acercarse para asegurar la zona, el animal herido se abalanzó con una furia primitiva; la joven le asestó una estocada con su daga, no sin que antes las garras de la bestia le desgarraran el abdomen. La chica sobrevivió, rescatando al único cachorro que no alcanzó a huir.

Al regresar a la tienda, sonreía. Maja, una anciana de diadema blanca y ojos grises, profundos como el invierno, la recibió con mantas y una mirada que lo comprendía todo. La vieja compartía el mismo hastío por la incesante repetición de los días. Con el paso de las semanas, aquel tierno animal alegró su existencia. Una noche, mientras observaban una lluvia de meteoros, Maja, intuyendo los susurros del

corazón de su nuera, le dijo con una mezcla de picardía y nostalgia:

—Lía, no te conformes con solo mirarlos; ve tras ellos.

Maja poseía dones ancestrales; leía a Lía con claridad y sonreía para sí, presintiendo un futuro prometedor. Pero antes, la chica debía ir a buscarlo. Esa noche se abrazaron, mirándose con complicidad. Zor se acurrucó entre ambas, sellando el pacto: los tres comprendieron que un cambio inevitable se avecinaba.

Para la siguiente luna, apoyada por la anciana, Lía preparó provisiones y partió junto a Zor, impulsada por una fuerza renovada. Aunque temblaba de miedo, un fuego ardía en su interior, alimentando sus sueños de niñez, maternidad y madurez. No olvidaría a Maja, quien la había criado y guiado con amor.

Al despedirse, las lágrimas rodaron por sus mejillas. La joven prometió regresar por ella, y la abuela le susurró que, al llegar a su destino, gritara su

nombre para que ella supiera que ya estaba frente al pueblo. A Zor, mientras lo acariciaba, le confió:

—No te preocupes por mí, amiguito. Yo estaré bien; mejor cuídalos a ellos.

El viaje se tornó brutal. Durante seis semanas, el clima polar la obligó a detenerse una y otra vez, casi haciéndola rendirse, pero una fuerza interna gritaba: «¡No!», y, en su desesperación, creía ver a Maja alentándola desde el horizonte.

Al acercarse a las montañas, una tormenta se intensificó hasta cegarla. Se refugió en una cueva, cubriéndose con su manta de piel de oso — recordatorio constante de aquel encuentro que extinguió a la madre de Zor—. La nieve bloqueaba la entrada; apenas podía respirar en aquel espacio confinado. Su compañero la observaba con angustia, aullando y meneando la cola, con la mirada perdida en la nada.

Con el vientre de cinco meses a punto de estallar, la desesperación la llevó a cavar, cometiendo un error garrafal: la nieve se desplomó hacia el interior, sellando la cueva. Respiró hondo, cerró los ojos y

buscó una solución, evocando la imagen de su esposo y de Maja. Sintió que el aire se le escapaba y se desplomó.

Al despertar, jadeando, notó que el zorro no estaba. La desesperación la invadió, pero, al recorrer con la mirada la cueva en penumbra, notó un cambio: el aire era más denso, pero también más fresco. Gateó buscando a Zor. El túnel ascendía y, mientras subía, sintió un calor inusual recorriendo sus muslos. Un aullido lejano la sobresaltó.

—¡Zor, amigo, ¿dónde estás?! —gritó con dificultad.

Pensó que sería el final. Miró hacia abajo: la nieve había bloqueado casi todo, pero, extrañamente, la luz cálida y el oxígeno filtrados indicaban una salida superior. De repente, su amigo dejó de aullar. El silencio la impacientó. La grieta se estrechaba, pero no había otra opción. Agarró una roca que le cortó la mano; la rabia y la impotencia sacudieron la gruta con su grito. No podía rendirse; en la penumbra volvió a ver a Maja, esta vez como una presencia guía.

Continuó ascendiendo con dificultad.

Laskiaf Amortegui

Anocheció, pero, al observar unas estrellas que se filtraban, sintió un valor renovado. Al asomar su rostro, vio a su fiel amigo saltando y dando giros, apartando la nieve. Llenándose de una fuerza interior que no sabía que poseía, gritó:

—¡Dios, ayúdame!

Levantó las manos, se impulsó con todas sus fuerzas y, en un último esfuerzo por abrirse paso, sintió que otros brazos la empujaban desde atrás y percibió, inconfundible, el aroma de Maja.

Al salir y abrir los ojos, contempló un pueblo iluminado. Sonrió emocionada y sintió la nieve más cálida. Llevó su mano al muslo con preocupación, pero solo era un leve rasguño. Descansó: su bebé estaba bien. El zorro, feliz, le ofreció un pescado fresco. Lía respiró profundo y se levantó.

En su mente, maravillada, susurró:

—Maja, ¡veo el pueblo!, lo hemos logrado. Ya estoy aquí, frente a nuestro nuevo hogar.

En ese instante, a lo lejos, la anciana abrió los ojos y sonrió.

¡Ahí no *s vemos*!

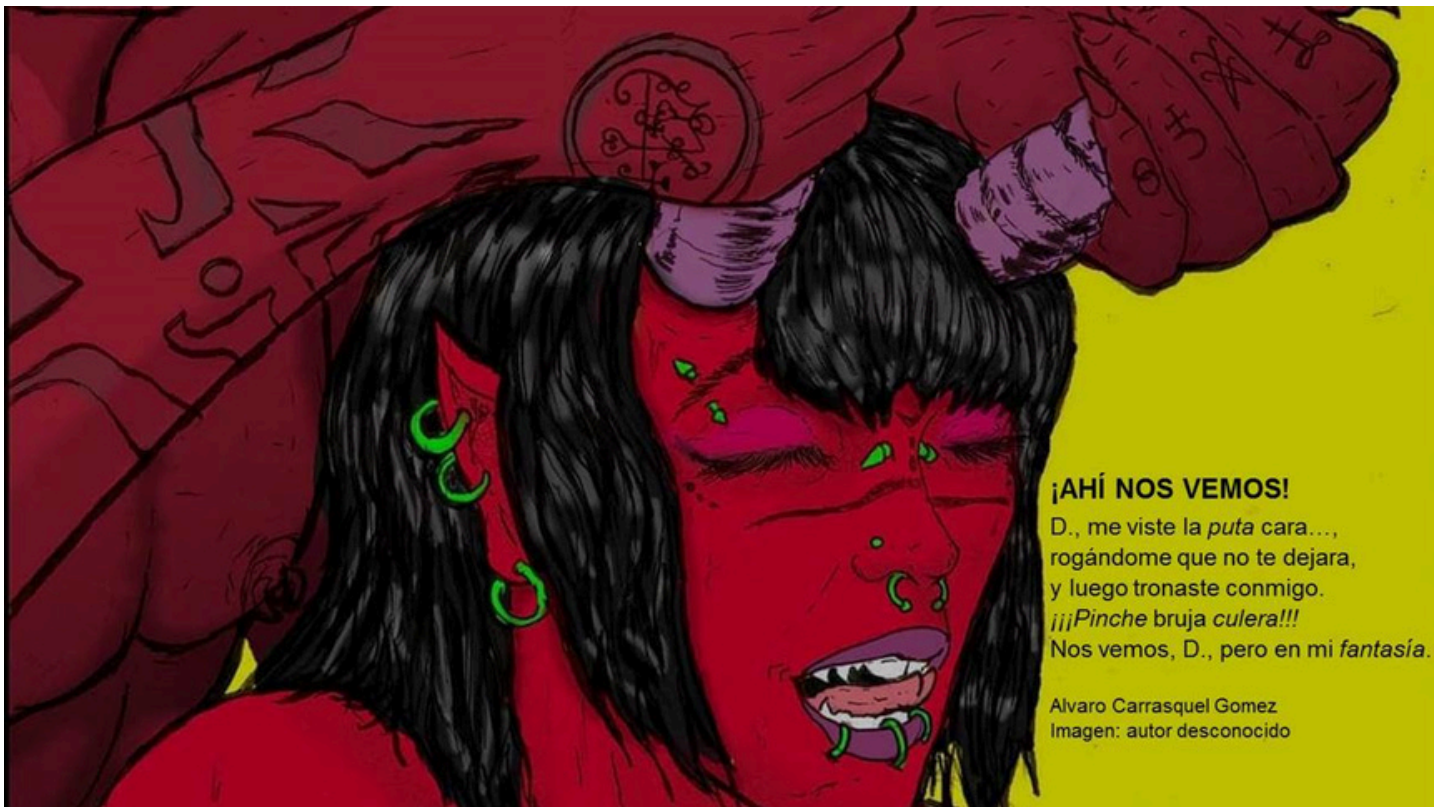


Álvaro Carrasquel

—
Venezuela

Álvaro Carrasquel

Venezuela



¡AHÍ NOS VEMOS!

D., me viste la *puta* cara...,
rogándome que no te dejara,
y luego tronaste conmigo.

¡¡¡Pinche bruja culera!!!

Nos vemos, D., pero en mi *fantasía*.

Alvaro Carrasquel Gomez
Imagen: autor desconocido

¡Muchas gracias!

Para participar solo escribenos a:

convocatorias.dizaster@gmail.com

Equipo Editorial

Concentrado Cultural – Revista Literaria



TÚ, REVISTA

Concentrado Cultural



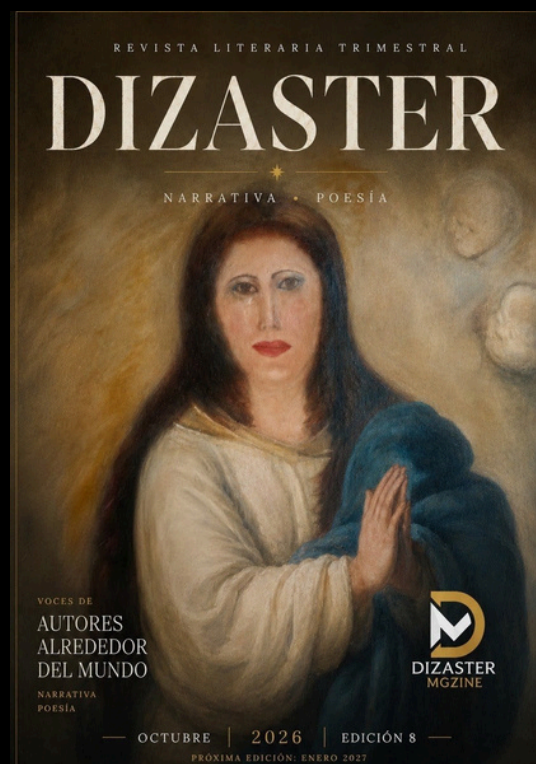
ADM

Sello editorial digital



Alrededor del Mundo

Página de Facebook



DIZASTER

Revista Literaria Trimestral



JULIO

2026



REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER

NARRATIVA & POESÍA



181225-2026